

UNA PROPUESTA PELIGROSA

La historia de David



Vega Manhattan

UNA
PROPUESTA
PELIGROSA

La historia de David

Vega Manhattan

Una propuesta peligrosa. La historia de David.

© Vega Manhattan.

1º Edición: Noviembre, 2019

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personaje y, sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Prólogo



—Cásate conmigo.

Lo solté así, a bocajarro, sin respirar ni nada. Directamente cuando me abrió la puerta. Llevaba un rato ensayando, así que me aplaudí mentalmente a mí misma por haber conseguido hacerlo sin que me temblara la voz.

Lo miré, él me miraba, o eso creía yo, pero...

¿Sabéis lo que es ver a alguien quedarse completamente blanco y sin moverse? Ni siquiera pestañeaba, ¿le habría dado un shock de la conmoción?

Acerqué la palma de mi mano a su cara y la pasé por delante. Arriba... Abajo... La moví de nuevo.

Nada. Ese hombre ni respiraba. Ay, Dios, que del susto me lo podía haber cargado.

De repente cerró los ojos unos segundos, los abrió de nuevo y...

—¡¿Qué?!—gritó mirándome como si fuera una loca. Y normal que pensara eso.

El grito le salió demasiado agudo contando con la potente voz masculina que tenía. Yo, en ese momento, suspiré de alivio. No lo había matado (indirectamente hubiera sido dado el caso, claro).

Estaba vivo, menos mal...

—Pues eso, que te cases conmigo.

Me encogí de hombros y entré en su casa sin que me hubiese invitado. Porque estaba segura de que, si le daba la oportunidad, me cerraría la puerta en las narices y ni siquiera escucharía lo que para él sería una locura.

Para mí también, no voy a mentir. Pero era la mejor solución que había encontrado a mi problema.

El problema era gordo, la solución tenía que ser drástica. Y nada más radical que pedirle matrimonio al soltero de oro por excelencia. Al señor David Aguirre.

Sí, ese mismo...

El hombre más mujeriego de la ciudad. Y no me extrañaría si lo era del país entero. Porque con la cantidad de mujeres con las que había estado, Barcelona ya se le debió de quedar pequeña. Así que entre las de allí, las de los alrededores, las de las diferentes ciudades donde viajaba...

Joder, pues sí que tenía resistencia física el hombre.

Y la casa era bonita, por cierto. Demasiado simplona para mí, un par de cuadros en esa pared...

Un jarrón en esa esquina...

Pero no estaba mal. Al menos la tenía ordenada (lo que se le iba a terminar pronto cuando aceptara mi propuesta, porque la iba a aceptar) y olía bien (seguramente, para él, el que se

convertiría en el nuevo olor de su casa no le gustaría demasiado).

¿Y una alfombra ahí? Sí, creo que quedaría bien. Ya haría algunos cambios llegado el momento. Porque si iba a convertirse en mi casa, al menos que tuviera un poco de vida el tiempo en el que yo viviera allí, ¿no?

—¿Se puede saber qué haces aquí?

El tono de su voz, como bien podéis imaginar, no era muy amigable. Pero a mí me daba igual. Yo me había tomado un whisky antes de ir a verlo y se me había pasado cualquier tipo de vergüenza.

Si es que alguna vez había tenido alguna.

Me giré y lo miré.

—Vine a pedirte matrimonio —puse los ojos en blanco, ¿no se había enterado aún?

—¿Estás borracha? —frunció el ceño.

—No —negué con la cabeza—. Solo fue un whisky, eso me achispa, pero nada más.

—Pues fumaste algo, porque...

—Te aseguro que estoy en mis cabales —y nunca lo había estado tanto, porque yo no solía estar muy centrada. Mi mente era algo... “Complicada”—. Tengo un cuadro que quedaría perfecto en esa pared —dije mirando por encima de su cabeza.

Lo había pintado cuando era más joven, una de mis primeras obras y no quería deshacerme de él. Era como un amuleto para mí. Y la verdad que ese parecía ser el lugar perfecto para él.

—No me gustan los cuadros —resopló.

De eso me había dado cuenta, era la casa más minimalista que había visto en mi vida. Bonita, sí. Pero simplona.

—Pues te vas a tener que acostumbrar —suspiré.

Él pestañeó varias veces, era evidente que el pobre no entendía nada. Y os prometo que con la seguridad que ese hombre irradiaba allá por donde iba, dejarlo sin palabras era divertido.

Que me mirara como a una loca a la que había que encerrar... Pues ya no tanto.

—A ver, Valeria de la Cruz —dijo con toda la pomposidad con la que pudo y yo hice una mueca con mis labios, odiaba que me llamaran así, eran tan... Ni siquiera había adjetivo para definir lo horrible y pijo que me sonaba—. ¿Qué haces aquí? Y deja los juegos, no estoy de humor —me advertía, pero es que yo no estaba jugando.

—Ya te lo dije —suspiré—. Vine a pedirte matrimonio.

Él me miró unos segundos, en silencio, suponía que intentando ver si estaba siendo sincera o no.

Yo me dediqué a admirarlo mientras. Era guapísimo, eso nadie podía negarlo. Tan grande, tan musculoso, con esa seguridad innata y esos ojos verdes que resaltaban aún más con su pelo negro azabache y que irradiaban una determinación que había envidiado muchas veces.

Era un hombre que atraía a cualquiera, no solo para el sexo. Pero también podía intimidar. Y mucho... Menos a mí, estaba curada de espanto de tantas veces que lo había visto.

Cuando abrió los ojos de par en par supe que, por fin, lo había entendido.

—No te estás quedando conmigo —la incredulidad en su voz.

—Pues no —me encogí de hombros—. Así que... ¿Cuándo nos casamos?

Capítulo 1



A mí alguien me tenía que estar gastando una broma y no me hacía ni una pizca de gracia. Miré alrededor a ver si encontraba la cámara oculta, pero nada. Así que volví a mirarla a ella.

Estaba tranquila. Y eso era lo más desconcertante de todo. ¿Cómo podía estar así con lo que me estaba pidiendo? Se tenía que estar riendo de mí y el porqué... A saber.

Me acerqué a ella lentamente y esperaba... No sé, ¿quizás que retrocediera? Porque yo sabía que solía intimidar a la gente.

Pues a ella estaba claro que no. No se movió ni un ápice. Levantó la cabeza para mirarme a los ojos porque era mucho más alto que ella y me miró tan tranquilamente, con una sonrisa dulce en los labios.

Joder, ¿desde cuándo era tan guapa?

Porque lo era, lo sabía, uno no era ciego. Era una mujer hermosa, una morena de ojos negros muy llamativa. El problema era que no se solía sacar partido, eso había pensado yo siempre.

Sin embargo, esa vez la vi diferente, esa vez tenía algo especial. No sabía si su look tan despreocupado, típico de una artista o esa sonrisa que la hacía lucir diferente...

Resoplé mentalmente por pensar en algo así en ese momento y acerqué mi cara a la suya.

—No me gustan las bromas, Valeria —le dije con lentitud y lo más serio que pude.

—Ah —sonrió más—. Pero es que no lo es.

Yo no sabía si poner los ojos en blanco o soltar una carcajada porque ya me estaba resultando todo eso hasta cómico. Sobre todo con esa cara que tenía tan cerca, que parecía tan inocente y tan pícara a la vez.

Era una combinación extraña.

Conocía a Valeria desde hacía muchos años. Desde que comencé a trabajar con su padre, quien a día de hoy era mi socio. La había visto varias veces cada año y habíamos cruzado alguna que otra frase en alguna fiesta, pero poco más.

Y, en ese momento, aparecía en mi casa para pedirme que me casara con ella...

A ver si iba a ser yo el que estaba borracho y tenía alucinaciones.

Levanté la mano lentamente, por si su imagen se esfumaba. Toqué su hombro y no, era real.

Y seguía sin inmutarse por mi contacto.

—¿Y bien? —preguntó algo impaciente.

—¿Y bien qué?

—¿Qué dices a mi propuesta?

—Que necesito una copa —me di la vuelta y fui hacia la cocina. Una copa. O dos. Quizás tres...

—Es algo que nos beneficiará a los dos —ella me siguió y yo puse los ojos en blanco.

—Te puedo asegurar que, a mí, una boda no me beneficia en nada.

—No pensarás lo mismo cuando te lo explique.

Cogí un par de copas y las dejé en la isla central. Me serví la mía y dudé si servirle a ella. Ella tomó asiento en una de las banquetas, frente a mí. Resopló, me quitó la botella y se sirvió ella misma.

A esas alturas, ni siquiera me sorprendí.

—No deberías beber, está claro que no te sienta muy bien —le advertí.

—Te repito que estoy muy centrada. Bebe tú, a ver si así me escuchas con la mente un poco más abierta.

Me senté frente a ella y bebí un poco de vino.

—Sea cual sea la locura que se te esté pasando por la mente, la respuesta es no —dije con rotundidad—. Te ahorraré el mal trago de explicármelo —le estaba haciendo un favor, ¿no? Pues por la cara que me puso, parecía ser que era el mayor insulto que había escuchado en su vida.

—No pensarás igual cuando te ponga las cartas sobre la mesa —dijo con seguridad.

—Pensaré igual porque ni siquiera las vas a poner, Valeria. ¿Por qué, mejor, no dejas el vino y te vas a casa? Porque aún no sé qué haces aquí... O mejor aún, ya te llevo yo porque no me fio de ti —fui a levantarme para acercarme a ella y llevármela de allí cuando se levantó, puso los brazos en jarras y me miró con un cabreo impresionante.

—Me ha costado mucho venir a pedirte esto, Señor Aguirre —dijo con retintín.

—Pues no es lo que parece —enarqué mis cejas.

—Al menos, por educación —continuó, ignorando mi sarcasmo—, te vas a quedar ahí, sentadito, oírás qué es lo que te estoy proponiendo antes de darme, de nuevo, ese no rotundo, ¿te ha quedado claro?

Vaya, vaya...

Así que la dulce Valeria tenía hasta genio. Una media sonrisa se formó en mi cara, me eché para atrás en el taburete, crucé los brazos y la miré, esperando a que me explicara la absurda idea que se le había ocurrido.

—¿Y bien? —pregunté, imitándola, cuando vi que no hablaba.

Se tomó todo el tiempo del mundo para volver a sentarse y para, supongo, encontrar las palabras adecuadas. Las necesitaba, porque pedirme matrimonio era la mayor insensatez del mundo.

Esa mujer estaba completamente loca o se estaba quedando conmigo.

—Necesito —dijo enfatizando esa palabra— casarme.

Me quedé esperando a que siguiera, pero parecía tomárselo con calma.

—Pues cástate —me encogí de hombros—. ¿A mí qué me dices?

—Tú eres el mejor candidato para ello.

Tuve que soltar una carcajada por lo insólita que era la situación.

—Te aseguro que yo puedo ser un buen candidato para cualquier cosa, excepto para pasar por el altar.

—Por eso mismo eres el mejor candidato. Déjame explicarte...

—A ver si lo haces —bufé, el sarcasmo en mi voz. Y ni siquiera entendía por qué seguía escuchándola, había perdido la cabeza.

—Mi padre se va a jubilar.

—Como cada año —puse los ojos en blanco. Su padre, mi socio, siempre estaba jubilándose,

pero nunca lo hacía. Así que...

—Esta vez ya tiene todo listo, os lo comunicará en la próxima reunión. A la que yo asistiré, por desgracia, para tomar el relevo y convertirme en tu socia.

Arqueé las cejas. Sabía que ese momento podía llegar, pero no esperaba que fuera tan pronto.

—No tienes ni idea de llevar una empresa —ya me estaba poniendo de mal humor.

El día que Rodrigo, su padre, y yo decidimos crear nuestra empresa de publicidad, yo había terminado de estudiar en la Universidad y él era uno de mis profesores, quien se convirtió también en un amigo. Vio potencial en mí y me sugirió asociarnos y comenzar algo desde cero, para los dos.

No lo dudé, siempre quise tener mi propia empresa.

Las cosas no habían sido fáciles, habíamos trabajado, ambos, muy duro, pero habíamos logrado convertirnos en una de las más importantes empresas de publicidad no solo de Barcelona, donde teníamos la sede principal, sino de España, donde habíamos abierto alguna que otra sucursal.

Estaba contento con mi trabajo. Echaba muchas horas, pero hacía lo que me gustaba.

¿Y ahora iba a tomar el relevo una mujer que no tenía ni idea de cómo vender un simple chicle?

—Por eso mismo te tienes que casar conmigo —puso los ojos en blanco.

No pude evitarlo e hice lo mismo.

—¿Qué demonios tiene que ver una cosa con la otra?

—Muy fácil —sacó un portafolio de su bolso y lo dejó delante de mí, volvió a su sitio y esperó a que leyera los documentos—. ¿Lo entiendes ahora?

Era un contrato en el que su padre ponía el setenta y cinco por ciento de las acciones a su nombre y el veinticinco por ciento a nombre de su esposo. Entre las condiciones, ella tendría un mes y medio para casarse con alguien apto y si no era así, él elegiría quién ocuparía ese lugar. Una vez casada, tendría un mes para demostrarle que era capaz de hacerse cargo de la empresa y entonces el contrato sería cien por cien legal.

—¿Por qué algo así? Tiene que haber más opciones...

—Ya ves que no —resopló.

—¿Y por qué aceptaste?

—Mi padre no acepta mi profesión, él quiere que me dedique a “su” empresa. Pero ese es su sueño, no el mío, David. Como no entra en razón, entonces le daré parte de lo que quiere.

—Casándote conmigo... —a mí no me entraba en la cabeza.

—Sí. Un mes de noviazgo, viviendo juntos y un mes de casados. Mi padre se jubilará. En ese momento, cuando ya esté todo a mi nombre, te firmaré la cesión y el divorcio. Tú tienes la empresa que quieres solo para ti y yo puedo dedicarme a lo que de verdad me gusta —me entregó otro portafolio—. Ese es el contrato en el que yo te doy la empresa después de un mes y un día de casados. Solo necesita que ambos lo firmemos. Hay un par de condiciones, pero ya las hablaremos.

—Tu padre no te perdonaría eso. Y a mí tampoco.

—Ya lo entenderá...

—Me parece una treta bastante fea, Valeria.

—Puede que lo sea —me miró fijamente y con sinceridad—. Pero yo no quiero vivir un sueño que no es mío.

—¿Y estás dispuesta a buscar un matrimonio de conveniencia para lograr el tuyo? —como una

cabra estaba.

—Si es la única manera de poder hacerlo, sí —dijo con seriedad—. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Si tú no aceptas mi oferta, el candidato de mi padre es Alfredo Bonacho.

Solo escuchar ese nombre me ponía en tensión.

Iba a destrozarme la mandíbula. Ese hombre era la competencia, terminaría con la empresa en un abrir y cerrar de ojos, dejando a decenas de familias en la calle, sin trabajo y sin nada a lo que agarrarse para seguir adelante. Teníamos a muchos trabajadores dependiendo de nosotros.

—Tu padre no llegaría a eso...

—Lo hará, David, porque él mismo sugirió ese nombre —dijo con tristeza.

—¿Me estás diciendo que tu padre quiere casarte con ese sinvergüenza?

—Sí —tragó saliva.

—No me lo puedo creer, destrozará la empresa.

—No si yo no lo dejo, sigo teniendo más acciones que él y estarías también tú.

—¿Y qué consigues tu padre con eso? —no me entraba en la cabeza en qué mierda estaba pensando ese hombre.

—Verme casada y que a mi lado esté un hombre que sepa sobre el negocio. Siendo suyo, mirará por él.

—No entiendo por qué haría algo así.

—Porque esa empresa es su sueño. Y él quiere que yo siga con él. Él no entiende... —suspiró.

—Así que me pides matrimonio para no casarte con ese hombre, con el que te casará sí o sí —ya iba entendiéndolo todo—. Y al que, además, le dará una parte de las acciones... En vez de buscar una manera de que me la quede yo y de dejarte hacer tu vida como tú quieras —apreté la mandíbula, mi socio, su padre, era un auténtico gilipollas. Y no entendía por qué no podía negociar conmigo, sabía, de más, que yo moría por esa empresa.

—Sí y que otro se la quede no es algo que me importe. Pero los trabajadores sí. Tanto como a ti. Y hasta que no lleve un mes casada y haciéndome cargo de la empresa, no pondrá todo a mi nombre. Llegado ese momento, todo estaría preparado para ser tuyo. La jugada a mi padre le salió mal y yo viviré el sueño que quiero.

Joder, pues sí que había pensado en todo.

—Es tu padre, Valeria, deberías hablar con él, explicarle.

Ella soltó una carcajada irónica.

—¿Crees que no lo hice? Pero mi padre... Él no va a permitir que su hija sea una “artista”, eso es decadencia, ya lo conoces.

—Y prefiere venderte —dije apretando la mandíbula—. Y joder la empresa en vez de cedérmela. O vendérmela o darme opciones.

—En parte sí —se encogió de hombros—. Y no es por ti, es porque está empeñado en que yo me quede con ella. En que ese sea mi futuro. No tengo muchas más salidas. No soy una niña rica y para conseguir mi sueño también necesito del negocio de mi padre contigo. Yo no tengo nada. Sabes que he vivido para cuidar a mi madre. No sé ni servir un café. Si renuncio, ¿qué será de mí? Es una propuesta loca, pero en la que todos salimos ganando.

—Menos tu padre.

—Mi padre al final entenderá que nadie como tú para llevar todo adelante. Y yo necesito publicidad y tu ayuda también.

—Me estás pidiendo que me venda.

—No, David. Te estoy pidiendo que nos ayudes. Tanto a mí, como a la empresa por la que has

dado todo como a ti mismo. ¿Es mucho pedir dos meses de tu vida? Y todos salimos ganando.

—Yo... Necesito pensar —masajeé mis sienes, me iban a estallar con tanta información.

—Hazlo —se levantó del taburete y me sonrió con tristeza—. No tengo mucho tiempo. Me tengo que casar y tiene que ser contigo. No es algo fácil, pero dos meses se nos pasarán volando. De todas formas, si encuentras otra solución, dímela. No creas que a mí me apasiona lo que te he pedido. Pero estando eso firmado... Complicado lo veo.

Afirmé con la cabeza y me levanté para acompañarla a la puerta.

—Disfruta las fiestas, ya hablaremos a principio de año —sonrió—. Gracias por, al menos, darme la oportunidad de explicarme.

Y la vi alejarse, cómo las puertas del ascensor se cerraban y su imagen desaparecía.

Había sido un día duro de trabajo y terminaba con una telaraña mental increíble.

¿Sería yo capaz de venderme por quedarme con la empresa?

Nunca había usado tretas para conseguir nada, siempre lo había logrado todo con mi esfuerzo. Pero, parecía ser, que esa vez no iba a ser suficiente.

Tenía ganas de ahorcar a mi socio porque, con tal de cortarle las alas a su hija, era capaz de destruir el sueño por el que tanto habíamos luchado.

¿Qué clase de hombre era? Al parecer, no quien me imaginaba. Prefería que todo nuestro trabajo y esfuerzo se hundiera cayendo en manos de ese desgraciado que el buscar algún tipo de arreglo conmigo.

Todo por estar empeñado en manejar la vida de su hija, al parecer.

Desde luego, se merecía una buena hostia a mano abierta.

Por querer destruir los sueños de su hija para que los suyos prevalecieran.

Por querer joder mi sueño.

Era un tremendo gilipollas.

Y yo otro por plantearme, siquiera, semejante propuesta.

Capítulo 2



Las Navidades pasaron, ya estábamos en un nuevo año. Esas fiestas no las disfruté como me hubiese gustado, el run run constante de mi padre no me dejaba ni dormir.

Insistía en que se me agotaba el tiempo y en que aún no le había presentado a un marido. No lograba entender por qué me estaba poniendo entre la espada y la pared, pero sí sabía que la propuesta que le había hecho a David era lo único que podía salvarme.

Tenía que aceptarla. Por mi bien, por el suyo y por el de cada trabajador de esa empresa.

Sabía que era un hombre recto y que no le gustaba andarse con dobleces, pero también sabía que su sentido de la responsabilidad prevalecería. Y, tal vez, su propio beneficio. Se quedaría con la empresa él solo.

¿Cómo iba a decirme que no? Tampoco le estaba pidiendo tanto para lo que iba a ganar.

Aunque aún no había puesto todas las condiciones encima de la mesa... Porque las tenía, claro, no iba a ser todo tan fácil cuando iba a “regalar” el sueño de mi padre. Aún así, tenía que aceptar.

Había pasado el día de Reyes y aún no había tenido respuesta por su parte. A ese paso iba a tener que insistir yo. Porque me quedaba sin tiempo. Después de la reunión, hablaría con él. Tenía que darme una respuesta ya. O el enlace entre ese ser despreciable y yo estaría más cerca de lo que quería pensar.

—¿Preparada?

Me giré a mirar a mi padre. Estaba tras de mí, listo para marcharnos. Hice un gesto afirmativo con la cabeza y esperé a que abriera la puerta. Otra de sus manías machistas que yo no soportaba. Pero como era tan mayor, ya había desistido hasta de explicarle que, no por ello, era más caballero.

Nunca lo iba a entender.

De ahí que no entendiera que, a mis treinta y tres años, siguiera soltera y sin pensamiento de cambiar mi estado civil.

O así había sido hasta hacía unas semanas...

—¿Dónde estuviste?

—Fui a dar un paseo —a ver si despejaba la mente porque sentía que me iba a explotar.

—¿Nerviosa? —preguntó cuando nos montamos en el coche.

—No, ¿por qué iba a estarlo?

—En realidad hoy es como tu presentación como la futura dueña de la empresa.

—De la mitad de la empresa. En realidad ni eso, del setenta y cinco por ciento de la mitad —le recordé—. Y no por gusto. Además, conozco a todos, no me pone nerviosa.

—Deberías de estarlo, será una gran responsabilidad.

—Que compartiré —le recordé, con ironía.

—Es la única manera de que sientes cabeza, de que aprendas y te quites todos esos pajaritos de la cabeza que no te darán de comer. Solo estoy buscando lo mejor para ti, Valeria.

—Si tú lo dices... —suspiré, tenía la mente tan cerrada y era tan cabezota que nadie le sacaría de la mente que todo lo que estaba haciendo era un favor para mí. ¿Un favor obligarme a casarme? ¿En qué época se creía que vivía?

—Verás cómo te alegrarás al final de hacerme caso —me dio una palmadita en la mano y no grité de milagro. Tenía que haberme negado a todo eso. Aún podía hacerlo. Salir corriendo, buscarme yo la vida y conseguir mi sueño.

Pero sin ayuda iba a ser imposible, la pintura no era un mundo fácil. Y sin padrino... El futuro estaba bien negro.

Había estudiado Economía y Finanzas. Fue a lo máximo que pude aspirar en su día. Me negué a estudiar Publicidad y Marketing y elegir esa carrera fue a lo único que accedió mi padre cuando le hice entender que podría servirme de mucho en el futuro.

Pero nunca había ejercido. Ni de eso ni de nada.

Mi madre estuvo enferma durante años y yo me dediqué a cuidarla. También era una forma de poder pintar sin que mi padre me viera. Mi madre me ayudaba a mantener el secreto.

Y ahí estaba en ese momento, con más de treinta años y sin ni siquiera poder optar a trabajar sirviendo cafés.

Y, sin embargo, iba a convertirme en una de las dueñas de la empresa más importante de publicidad del país.

¿Estábamos locos?

Suspiré. Si aún no había salido corriendo es porque juré a mi madre que estaría ahí para mi padre. Pero no me lo estaba poniendo fácil.

Llegamos a la oficina y entramos en la sala de reuniones.

Y ahí estaba él. De espalda a la puerta, con las manos en los bolsillos del traje de chaqueta y mirando por la enorme cristalera de la estancia.

Se giró lentamente al escuchar a mi padre y nuestras miradas se cruzaron.

En ese momento me temblaron las piernas, no sabía cómo había tenido el valor de aparecer por su casa y pedirle semejante locura.

Estaba serio, demasiado. Y su mirada fija en mí, su mandíbula apretada al mirar a mi padre, gesto que no pasó desapercibido para mí.

Cuando volvió a mirarme, lo saludé con un leve gesto de mi cabeza, rogándole con los ojos que, por favor, la respuesta fuera positiva.

Poco a poco, todos fueron tomando asiento. Mi padre presidiendo la mesa desde un lado, David desde el otro, frente a frente.

—He querido esperar a que pasen las fiestas para hablar con todos vosotros —comenzó mi padre—. Como sabéis, hace mucho tiempo que quiero jubilarme y sí —rio al ver la cara de “no me lo creo” de la mayoría de la junta directiva—, ya es hora de hacerlo. Lo haré porque mi hija ha decidido tomar el control de la empresa, de la parte que le corresponde —aclaró al escuchar carraspear a David. Y yo había decidido, decía... —No lo hará sola, necesita orientación, necesita aprender. Y tendrá al lado a uno de los mejores.

Me quedé completamente de piedra al escucharlo, ¿se habría atrevido a...? Miré a David, quien apretaba la mandíbula con fuerza.

—Papá... —susurré.

—Abra la puerta al Señor Bonacho, por favor.

Me iba a desmayar, a mí iba a darme algo. Miré a David con lágrimas en los ojos y negó con la cabeza cuando me vio hacer el intento de levantarme para salir corriendo.

Él no estaba sorprendido como yo, ya se lo habría imaginado. El tiempo había pasado y yo seguía soltera y sin presentarle a ningún candidato, por lo que sus amenazas se iban a cumplir.

La sala se quedó en silencio, viendo cómo semejante ser despreciable entraba en la sala de reuniones. Mi padre le ofreció un sitio a su otro lado y él me miró con una sonrisa en los labios.

Mi padre iba a aceptar, ante todos, mi matrimonio con ese hombre.

Y, lo peor, es que yo no podía negarme.

—¿Qué hace él aquí? —la voz de David rompió el silencio, retumbando por toda la estancia.

—Tiene una propuesta y quiero que la escuchéis —aclaró mi padre tranquilamente.

—Nada que venga de él se va a aceptar aquí. Y lo sabes —miraba a mi padre.

—Escuchémoslo antes, David, porque también es un tema personal, ¿te parece? —no era una sugerencia a su socio, era una orden encubierta. Y sabía que David, por el respeto que le tenía, callaría.

Aunque tuviera que romperse los dientes de tan fuerte como apretaba esa mandíbula.

—Señor Bonacho... —dijo David con ironía, escupiendo cada palabra.

—Esto... —el tipo bajito, gordito, casi calvo y sudoroso que tenía frente a mí, me miró— Valeria... Tu padre y yo, como bien sabes y con la fecha de nuestro matrimonio ya fijada... —
¿Mi qué?! Ay, Dios, que me la habían liado— Creímos que era el momento de asistir a la que, dentro de una semana, también será mi empresa.

Todo el mundo se quedó en silencio. Nadie decía nada, nadie respiraba.

Yo ni siquiera podía moverme.

En una semana... Mi padre había decidido que me casara con ese hombre en una semana.

Escuché carraspear a David y lo miré rápidamente. Y tuve ganas de matarlo.

No sabía qué era lo que le parecía tan divertido para que esa sonrisa pícaro estuviera dibujada en sus labios.

Todo eso era por su culpa, si él hubiera aceptado mi propuesta... Mierda.

Ahí no tenía opción. O desaparecía antes del día de la boda o tragaba hasta que pudiera deshacerme de ese hombre.

Si es que, alguna vez, me dejaba liberarme de él.

David ensanchó su sonrisa y se levantó, se abrochó los botones de la americana y miró a mi padre.

—Creo que aquí hay un error —dijo con tranquilidad.

¿Solo uno?, pensé.

—¿A qué te refieres? —preguntó mi padre.

—A que me parece que no estás muy al día de las cosas —sacó un papel de su carpeta y se acercó a mí.

Todos lo miraban, pendiente a cada movimiento. La serpiente sentada frente a mí, observándolo con odio.

David dejó el papel en la mesa, delante de mi padre y se colocó detrás de mí, agarrando mi hombro, supuse que en un gesto tranquilizador.

—¿Qué es esto? —mi padre se puso las gafas y comenzó a leer, levantó la mirada rápidamente y me miró con las cejas enarcadas— ¿Qué es esto, Valeria?

Pues eso mismo me estaba preguntando yo...

—Val y yo quisimos darte una sorpresa, pero, al parecer, tú nos tenías guardada una mejor —
¿Val? ¿David me había llamado Val? ¿Y de qué sorpresa estaba hablando?

—¿Desde cuándo...?

—Desde esta mañana —David interrumpió la pregunta de mi padre—. Y no queríamos que te enteraras así, pero...

—No me lo puedo creer, Valeria —mi padre me miró, como decepcionado.

¿Qué no se podía creer?

—¿Qué está pasando? —preguntó la serpiente, limpiándose el sudor de la frente.

—Que te han hecho venir para nada —le aclaró David—. Valeria de la Cruz y yo nos casamos esta misma mañana.

Y ahí, con esa noticia y en medio de toda esa tensión, con mi padre mirándome de esa manera y varios pares de ojos pendientes a mí, David Aguirre consiguió, por primera vez en mucho tiempo, hacerme reír a carcajadas.

Capítulo 3



Salí con ella, agarrado a su mano, de la sala de reuniones. Los había dejado a todos sin articular sonido. Solo sonó en aquella sala el grito ahogado del desgraciado ese.

Y, a mi lado, mientras yo tiraba de ella, la que se suponía que era mi esposa no dejaba de reír.

—Ay, David, para. Que me da —dijo cuando ya estábamos en la calle. Soltó mi mano y se agarró el estómago, doblándose por la risa.

—No tenemos tiempo, Valeria, nos esperan para casarnos.

—¿Pero no lo estamos ya? —otra carcajada y yo puse los ojos en blanco.

Menos mal que había cogido el papel para que a nadie le diera tiempo a comprobar que era falso.

—Lo estaremos cuando firmes, así que date prisa —volví a agarrar su mano y tiré de ella, casi tuve que meterla en el coche, porque no dejaba de reír.

—No me puedo creer que hicieras algo así —dijo ya algo más calmada.

—Yo aún me creo menos que vaya a hacerlo —resoplé.

—¿En serio nos vamos a casar? —me miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿No es eso lo que querías?

—Bueno, sí... Pero esperaba, no sé... Contarte mis condiciones, un mes de noviazgo...

—Si esperamos un mes, tu padre te casa con el desgraciado ese. ¿Es lo que quieres?

—No —dijo rápida y seriamente—. No, eso no —negó con más énfasis.

—Entonces dejemos esas gilipolleces de condiciones a un lado y ya las discutiremos después. Lo único que me interesa es la empresa —dije con firmeza.

—Está bien —carraspeó—. Será tuya, tienes mi palabra.

—Bien. Entonces llegaremos a un acuerdo, no te preocupes —dije para que se sintiera más relajada. Serían tres meses solamente, no iba a resultarme demasiado problema ceder en lo que deseara.

Llegamos al juzgado y antes de lo que imaginaba, estábamos los dos delante de mi amigo, en su despacho. Menos mal que tenía a gente que me debía favores, uno nunca sabía cuándo podía necesitar alguno.

—¿Tendrás problemas por esto? —le pregunté cuando le dije a Valeria que firmara el documento.

—No. Son pocas horas de diferencia. Y yo no entrego las actas hasta que me vaya a casa, así que... Ya te inscribí como citado también y como conseguimos toda la documentación, ningún problema.

—Bien, porque no me perdonaría meterte en un lío.

—No lo harás —me guiñó un ojo—. ¿Debo felicitar a los novios? —sonrió cuando Valeria soltó el bolígrafo.

—Mejor no —dijimos los dos a la vez, poniendo los ojos en blanco y haciendo que mi amigo soltara una sonora carcajada.

Salí de allí quince minutos después y legalmente casado.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella cuando volvió a sentarse en el coche.

La miré y suspiré. No tenía ni idea de qué era lo que iba a hacer a continuación.

Conduje hasta mi casa, necesitaba relajarme y tomarme un par de cafés. O quizás algo más fuerte.

Joder, que me había casado.

No tardé demasiado en servirme un vaso de whisky y en bebérmelo de un trago.

—Estás en tu casa —suspiré cuando la vi algo insegura, mirándome mientras yo me sentaba en el sofá—. No me puedo creer lo que acabo de hacer —me serví otro vaso, me lo bebí y dejé el vaso en la mesa antes de dejarme caer en el sofá, cerrando los ojos.

—David...

Abrí los ojos y miré a mi lado, Valeria estaba a mi lado y me miraba con ¿gratitud?

—¿Qué hemos hecho? —suspiré.

—Lo mejor para todos —sonrió, comprensiva—. Gracias.

—No tienes que dármelas, no lo hice de gratis.

—Lo sé, pero aun así no tenías por qué. Será un mes, se nos pasará rápido.

—Eso espero —suspiré—. ¿Vivirás aquí?

—Supongo que sí —dijo avergonzada. Con lo segura que había venido a meterme en ese lío, ahora se ponía roja. Esa mujer era una contradicción—. Pero no te molestaré demasiado. Ni te enterarás de que existo.

—Déjame dudarlo... —el sarcasmo en mi voz.

—Unas simples reglas y ya.

—¿Reglas? ¿Con eso te refieres a las condiciones?

—Sí —dijo dubitativa—. La empresa será tuya el mismo día en que mi padre me dé todo. Pero este mes somos marido y mujer y... Hay cosas que...

—No pienso acostarme contigo —joder, no quise sonar horrorizado, pero mi mente ya se había imaginado eso.

—Gracias por hacerme sentir tan repelente —bufó.

—Joder, no es eso —intenté disculparme.

—No voy a pedirte nada, David. Sé bien lo que es esto. Por eso me habría gustado hablarlo antes de... Joder, de que nos casáramos.

—¿Y qué condiciones son esas?

Valeria me miró y suspiró. Iba a ser largo el asunto al parecer...

A ver si se daba prisa por si tenía que llamar a mi amigo y decirle que rompiera el acta de matrimonio antes de entregarlo, como si nunca se hubiera celebrado.

Cuando pensé en tener ese papel y en esa posible salida, solo lo hice por tener algo que creía que no iba a tener que usar. Pero cuando vi a ese ser despreciable entrar en la sala de reuniones, supe que no podía permitir que se quedara con la mitad de una empresa que debía ser solo mía.

Había hablado esas fiestas con mis mejores amigos, Marcos, mi cuñado y con Carlos. Les había contado la proposición de Valeria y ambos, con ese complejo que tenían de caballeros de armadura blanca que salvaban a las damiselas, me dijeron que la aceptara.

¿Qué me iba a costar perder un mes de mi vida?

Después me iba a alegrar. Todo entre risas, y yo no le veía ninguna gracia al asunto. Además, parecía que ninguno pensaba en la ética además de mí.

Ética que desapareció de mi mente cuando vi mi empresa en las manos de ese desgraciado. Tendría que irme o, seguramente, lo mataría, porque con él no podría trabajar.

Y por todas esas vueltas que le di a la cabeza, me encontraba como lo hacía en ese momento.

Casado con una mujer a la que no conocía.

Me levanté y saqué un portafolios de mi maletín. Se lo puse por delante.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Los documentos que me entregaste donde dicen que un mes y un día después de nuestro enlace, firmaremos el divorcio y tu parte de la empresa será solo mía. Mi parte ya está firmada, queda la tuya.

—Bien —le di un bolígrafo y miré cómo sacaba los documentos.

—Son los mismos que me diste, pero léelos de todas formas.

—No me hace falta, sé que no me vas a engañar con otro, confío en ti —dijo sorprendiéndome—. Pero no firmaré —dejó el bolígrafo sobre la mesa— hasta que tú aceptes algunas condiciones que tengo.

Hice un gesto de asentimiento con la cabeza. No me parecía que tuviera que ponerme demasiadas condiciones, ni ninguna. Pero al menos, por educación, iba a escucharla.

—Tú dirás.

—La empresa será tuya, pero quiero un contrato indefinido en el que te comprometas a ayudarme.

—¿En qué?

—En la publicidad con mi obra. En conseguirme todo lo que necesito para que se me conozca en este mundo y los gastos siempre correrán por parte de la empresa.

Me quedé unos segundos dándole vueltas a lo que me proponía hasta que afirmé con la cabeza.

—Seremos tu manager, por así decirlo. Y tu sponsor.

—Gracias —dijo con una enorme y hermosa sonrisa.

—¿Qué más? —pregunté, como impaciente hombre de negocios que era.

—Tendremos que asistir juntos a diferentes actos y, en la empresa, hacer el papel, este mes, de que me estás enseñando el oficio. Enséñame lo básico para demostrarle a mi padre que soy lo haré bien.

—Tampoco hay problema. ¿Algo más?

—Solo una más —carraspeó y ya supe que esa no me iba a gustar nada—. Por las razones que sea, estamos casados.

—Sí...

—Y no te pido nada conmigo, obvio.

—Obvio —acordé rápidamente.

—Pero... —carraspeó de nuevo— ¿Podrías mantenerte alejado de las demás? Cualquiera podría verte y...

Resoplé, apoyé la cabeza de nuevo en el sofá y cerré los ojos con fuerza. Sabía que no todo iba a ser fácil.

—¿Me estás pidiendo un mes de sequía?

Abrí los ojos y la miré.

—No, no podría... Es tu vida privada, yo no... —suspiró— Al menos, ¿puedes ser discreto si

tienes algo con alguien? Me haría sentir algo mal.

Enarqué las cejas, en eso no había pensado, pero estaba claro que ella sí. Y la entendía.

—¿Me pides fidelidad? —intenté bromear.

—Algo así —sonrió con vergüenza.

—¿Y tú?

—Ah, por mí no te preocupes, yo tengo bastante con mis cuadros —rió.

—¿Ningún chico?

—No, no me interesan —dijo muy seria.

—Raro eso...

—Es la verdad —se encogió de hombros.

Me quedé mirándola, por sus ojos y por su tono de voz estaba claro que le habían hecho mucho daño y que no tenía interés ninguno en las relaciones.

La vi entonces firmar el documento. Ya estaba, en un mes todo sería mío, ella libre como quería y estaríamos divorciados.

Lo que me pedía era complicado, eso sí. Nunca había estado tanto tiempo sin relaciones sexuales, pero la comprendía. La vergüenza que podría pasar no sería plato de buen gusto para una recién casada. Ni para cualquier persona. Sabía que le había costado pedirme algo así, pero lo entendí.

Además, si su padre se enteraba de algo o llegaba a sospechar, jamás le firmaría la cesión y yo me encontraría casado, con un divorcio inminente y sin negocio.

—Lo que sea por la empresa, Valeria.

Lo que no podía imaginar, cuando dije esa frase, ni cuando cometí la locura de casarme con ella, es que la vida iba a hacer que me tragase esas palabras.

Capítulo 4



—Dime, por Dios, que esto es todo —dejó caer la última caja al suelo y él fue detrás.

—Pues creo que sí —sonreí, el pobre estaba agotado, nos habíamos dado una buena paliza con la mudanza de las cosas.

—Menos mal que con un par de viajes en el coche sería suficiente... Joder, si lo llego a saber contrato a alguien.

—Tampoco ha sido para tanto... Ya me callo —dije cuando me miró de esa manera con la que cualquiera saldría corriendo.

Esa misma tarde, sabiendo que mi padre no estaba en casa, fuimos a por mis cosas. Y menos mal, no me gustaría que nos lo hubiéramos encontrado allí. Teníamos una conversación pendiente los tres, pero la alargaría todo lo que pudiese.

Yo había cumplido mi parte, ahora solo tenían que pasar ese mes y la empresa sería mía para hacer con ella lo que me diera la gana.

Tenía un mes para comenzar, por fin, una nueva vida. Con la ayuda de David estaba segura de que lograría darme a conocer en ese mundo, aunque fuera un poco.

Solo necesitaba despegar. Y lo iba a conseguir. ¿No había conseguido ya lo más difícil?

—¿Te apetece algo? ¿Vino, quizás?

—Pero voy yo —dije rápidamente, aunque después dudé—. Si no te importa.

—Es tu casa el próximo mes —se encogió de hombros.

Le regalé una sonrisa y fui a la cocina. Cogí un par de copas de donde lo vi hacer la otra vez que estuve en su... En “nuestra” casa, me corregí a mí misma. Cogí la botella de vino y me senté a su lado. Serví las copas y le di una.

Bebimos un poco de vino y ambos nos quedamos sumidos en nuestros pensamientos. Hasta que el silencio me resultó un poco incómodo.

—Es un poco extraño, ¿verdad?

—¿Solo un poco? —rió, al menos se lo tomaba con humor.

—No sé cómo agradecerte...

—No tienes que hacerlo, Valeria. Tengo intereses en esto. No es por ti y ambos lo sabemos. Solo intentemos que la convivencia sea lo más cordial posible y ya. Tampoco tenemos que llegar a ser amigos.

—Supongo que no —dije con un poco de decepción. Tenía razón, ¿por qué, entonces, no me gustaba la idea? —¿Sueles comer aquí?

—No, cuando llego ya es de noche, casi no piso este lugar. Viene una mujer un par de días a la semana a limpiar todo. El tiempo que estés aquí, lo pasarás sola.

—Con mis cuadros —reí—. Nunca me siento sola mientras pinto.

—¿Con la empresa cómo lo vamos a hacer?

—Yo había pensado en ir un par de horas por la mañana para hacer el paripé y poco más. Le diré a mi padre que me enseñes en casa. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Te enseñaré lo básico y tomarás algunas decisiones en la siguiente junta, la cual tienes que presidir, para que tu padre vea que tienes el negocio en tus manos. ¿Te parece?

Asentí con la cabeza y volvió a hacerse un silencio entre los dos.

—Todo esto es una locura, ¿verdad? —suspiré.

—Lo llevaremos bien, no te preocupes. Y será poco tiempo.

Esperaba que tuviera razón y que no me arrepintiera de haberlo arrastrado a la mayor locura de mi vida.

Pedimos algo de cena y me instalé en la habitación de invitados. A la mañana siguiente colocaría las cosas en su lugar. Esa noche, después de un día en el que mi vida había cambiado por completo, lo único que me apetecía era irme a dormir. Cerrar los ojos y desconectar la mente.

No quería pensar en nada, porque si lo hacía, vería que todo eso era una locura.

Cerré los ojos y suspiré. Cuando despertara, quedaría un día menos para que ambos fuéramos libres.

Comenzaba la cuenta atrás.

Y yo casi no había dormido.

Me levanté cuando escuché ruidos en la cocina. Ahí estaba David, de espaldas a mí, preparando el café.

—Necesito uno doble —resoplé.

Él se giró rápidamente y se me quedó mirando. Como sorprendido al verme allí. Pestañeó un par de veces y pareció volver a la realidad.

—Creo que yo también necesito un par de tazas...

Me reí, nos habíamos metido los dos en un lío bueno, menos mal que sería poco tiempo.

—Buenos días —le agradecí con una sonrisa cuando me puso la taza de café por delante, me senté y tomé un sorbo.

—Buenos días. ¿Dormiste bien?

—No mucho. Estaba algo... Nerviosa —reconocí.

—No es para menos. Estás en una casa extraña, con un casi extraño —bebió de su taza y se apoyó en la encimera—. ¿Lista para la aparición hoy en la oficina?

Torcí la boca, haciendo un gesto de desagrado.

—No sé cómo va a reaccionar mi padre.

—Ya poco tiene que hacer, ya estamos casados. Ahora le toca cumplir su parte.

—Ya... ¿Crees que me costará mucho entender cómo funciona el negocio?

—Intentaré que no —miró por encima de mi hombro—. Mejor nos ponemos las pilas, no vayamos a llegar tarde el primer día.

—Recién casados y trabajando —me levanté del taburete—. ¿Qué fue de eso tan bonito llamado luna de miel?

—La tendrás el día que te cases por amor —dejó la taza sobre la encimera y se marchó para arreglarse.

Me quedé mirando cómo desaparecía de mi vista y suspiré. Ese día no iba a llegar nunca, de eso estaba segura. Porque conociéndome... Nadie iba a aguantar a una artista medio loca como yo.

David porque aún no me conocía, pero estaba segura de que no tardaría mucho en perder la paciencia conmigo.

Menos mal que solo nos quedaban veintinueve días juntos.

Una hora después, bajamos del coche y nos montamos en el ascensor que nos llevaba desde el parking a la planta de la que ya casi era mi empresa.

—¿Preparada? —preguntó cuando las puertas del ascensor se abrieron.

Afirmé con la cabeza, pero no lo estaba, yo solo quería salir corriendo.

—Vamos a por ello —dije en su lugar.

David, para mi sorpresa, cogió mi mano, entrelazó nuestros dedos y salimos del ascensor como una pareja de enamorados. Todas las miradas estaban sobre nosotros.

Y si no llega a ser por David y por la seguridad que emanaba, me habrían temblado las piernas.

—Señor Aguirre...

Miramos a la secretaria de mi padre.

—¿Sí? —la pereza en la voz de... ¿mi esposo? En realidad tendría que llamarlo así delante de la gente y me iba a costar la vida.

—El Señor de la Cruz los espera en su despacho.

David hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se acercó al despacho de mi padre. Tras llamar con los nudillos y escuchar un “Pase” desde el otro lado, entramos en la oficina.

Mi padre se quitó las gafas lentamente al vernos, miró nuestras manos entrelazadas y volvió a mirarnos a los ojos, alternando de uno a otro.

—¿El primer día de casados y estáis aquí? —preguntó con ironía.

—Hay mucho trabajo que hacer y Val no quiere perder el tiempo —la voz de David sonaba calmada, pero yo notaba la tensión. Si seguía así, iba a partirme los dedos de la mano. Puse mi otra mano sobre la suya para llamar su atención, me miró y le guiñé un ojo, haciendo desaparecer la tensión de su cuerpo.

—Me dejasteis en vergüenza ayer, delante de todos —mi padre me miró—. Tenías que haberme dicho antes que había algo entre vosotros. O yo me lo tenía que haber imaginado —resopló—. Por eso firmaste el contrato, ¿verdad?

Arqué las cejas.

—Nuestra vida privada era solo nuestra, tú nos obligaste a actuar así —respondió David, sin desmentirle la idea de que lo nuestro ya venía de antes.

—Mi hija se casó y no estuve en su boda.

—Tu hija actuó como la obligaste —la rabia en la voz de David—. La tienes donde la querías, casada y dispuesta a hacerse cargo de la empresa. ¿No podemos dejar las cosas así y ya?

—Supongo que sí —suspiró mi padre—. Y supongo también que conoces todas las condiciones entre mi hija y yo —David apretó mi mano con más fuerza, pero no respondió—. Tienes un mes para demostrarme que eres capaz de llevar todo esto adelante, Valeria. Y todo será tuyo.

—Trabajaré duro para ello, padre.

—No me cabe duda, elegiste al más ambicioso —se refería a David—. En ese mes la mayor parte de la empresa será tuya —volvió a mirarlo de nuevo—. Supongo que mi hija no eligió mal.

—Tu hija sabe tomar mejores decisiones que tú, de eso que no te quepa duda.

Mi padre arqueó sus cejas y sonrió.

—Eso aún está por ver —se levantó de su silla y recogió algunos papeles—. Desde hoy es tu

oficina, Valeria. Vendré cuando hagas un mes aquí y firmaré, si estás preparada, la cesión de la empresa a tu nombre. Espero que no me decepciones.

—No lo haré —dije con seguridad.

Después de todo lo que había hecho, no iba a permitir que mi padre encontrara alguna excusa con la que no verme capacitada.

—¿Y la luna de miel para cuándo? —preguntó antes de marcharse de la oficina.

—Para cuando tu hija y yo ya estemos libres de ti.

Me puse en tensión, esperando la reacción de mi padre. Pero él soltó una carcajada.

—Entonces de vosotros depende —dijo antes de marcharse, dejando que la puerta se cerrara sola.

David soltó todo el aire que tenía dentro y noté cómo su cuerpo se relajaba.

—¿Estás bien?

Él me miró unos segundos.

—Sí —carraspeó y soltó mi mano—. Es hora de ponerse a trabajar. Tienes mucho que aprender.

—Que sepas que hay cosas que no se me dan bien...

—Estás con el mejor —y no era una forma de enardecerse a él mismo, era la realidad—. Aprenderás.

Pero una semana más tarde, hasta él se dio por vencido con mi poca capacidad mental.

Capítulo 5



Una semana, llevaba casado una semana e instruyendo a Valeria en el negocio y ya no podía más, me iba a tirar a las vías del tren.

No había quien le metiera las cosas en la cabeza, ella vivía en su mundo. Me iba a costar la vida prepararla para que, en la reunión que se acercaba, sonara como toda una ejecutiva.

Y todo no era eso.

La veía a cada hora. Cuando no estaba con ella en la empresa, la tenía en casa. Ni un café podía tomarme solo y me estaba pasando factura. Yo no estaba hecho para convivir con nadie. Ni siquiera soportaba a una mujer más de una noche. Así que ese sábado, aunque no tenía trabajo, me lo inventé.

Y después me fui a tomar algo.

En el pub de siempre, actuando como el soltero que era siempre.

Eso era lo que me habría gustado, pero no pude hacerlo. Tenía una promesa que cumplir y un contrato al que ceñirme. Así que en vez de acercarme a esa rubia que me estaba comiendo con los ojos, me bebí la copa de un tirón y marché para casa.

Todo sea por la empresa, me decía a mí mismo una y otra vez.

Cuando entré en mi casa, pensé que me había equivocado de sitio. Salí de nuevo y miré la puerta y el número del apartamento.

Pues no, coincidían. ¿Me habría equivocado de bloque? Pero la llave había abierto, ¿no?

Cerré de nuevo la puerta y entré lentamente. ¿Qué demonios le había pasado a mi salón?

Lo había transformado por completo. Había cuadros por todos lados. Y jarrones. Y flores. Y... ¡Yo la iba a matar!

—¡Valeria de la cruz! —grité a pleno pulmón, había cosas por las que no iba a pasar y que me decoraran la casa de esa manera estrambótica y cargada era una de ellas.

—¿Qué pasa?! —llegó corriendo al salón y me miró asustada.

—¿Qué demonios es todo esto?

Ella siguió el movimiento de mi mano y me miró a los ojos con el ceño fruncido.

—¿Un salón? —preguntó dubitativa.

Puse los ojos en blanco. Obvio que era un salón. ¡Pero no mi salón!

—¿Qué le has hecho a mi casa? —mi voz amenazadora, debería de haberse escondido debajo de la mesa. Pero ella ni se inmutó, solo me sonrió, feliz.

—Pues darle un poco de vida, ¿a que está preciosa?

—¿Preciosa? Es lo más hortera que he visto nunca.

—Tampoco te pases, David Aguirre. Esta casa estaba muerta, necesitaba alegría. Pues yo se la

di. Cuando me vaya, vuelves a tu mundo de oscuridad si quieres.

—Eso tenlo seguro —bufé—. Y no me refería a esto cuando te dije que te sintieras en tu casa.

—Pues haber especificado —se encogió de hombros.

—Necesito una copa —o eso o la ahorcaba, me di la vuelta y...

—¡Cuidado con...!

A la mierda el jarrón de cristal, decenas de bolitas como canicas desperdigadas por todos lados.

La miré de nuevo, ese día no tenía paciencia.

—Cuidado...

—Con el jarrón —terminó de decir la frase que dejó a medias. Y, de repente, soltó una sonora carcajada.

Debería de estar asustada por verme de tan mal humor, como haría cualquier persona normal. Excepto mi hermana, mi madre y mi cuñado, claro. Ellos se habrían unido a las carcajadas de la loca con la que me había casado.

—Todo sea por la empresa —cogí aire y caminé, intentando no resbalar con ninguna bolita—. La empresa me va a costar mi paz mental —susurré para mí.

La risa de Valeria seguía llenando la casa y a mí cada vez me hacía menos gracia.

—¿David?

Me tomé el trago antes de girarme, intentando respirar de nuevo antes de mirarla.

—¿Valeria de la Cruz?

—Esto... Ya cuando quieras recoges el desastre. Yo tengo cosas que hacer.

Abrí la boca de par en par, iba a mandarla a la mierda. Ni tiempo me dio cuando, entre risas, salió corriendo.

Más le valía encerrarse en su habitación o de esa no salía viva.

Terminé mi trago y maldiciendo, recogí cada canica que andaba por el suelo. Miré de nuevo el hortera salón y suspiré. Solo quedaban tres semanas, pero me daba la impresión de que se iban a convertir en las más largas de mi vida.

Mejor me iba a dormir a ver si se me pasaba el mal humor.

Unos gemidos me despertaron. Abrí un poco los ojos, lo suficiente para mirar qué hora era. Las cuatro de la mañana.

Tal vez estaba soñando.

—¡Sí! —un grito me despertó cuando volvía a conciliar el sueño, del susto que me di, me caí de la cama.

—Joder —dije con el corazón en un puño.

Me levanté mientras escuchaba sonidos de fuera. Y parecían la voz de Valeria. ¿Qué estaba haciendo a las cuatro de la mañana? ¿Es que ni dormir pensaba dejarme?

Tenía la luz de la habitación encendida y la puerta entreabierta. Asomé un poco la cabeza.

Y me quedé alucinado.

Estaba de pie, en ropa interior y con lo que parecía ser un delantal blanco atado a su espalda. Enarqué las cejas, uno estaba, a esas alturas, bastante necesitado como para no fijarse en el bonito culo que tenía la chica.

Y esas piernas...

—No... No... —gimió— ¡Oh, sí!

Joder, parecía que estaba gimiendo por otra cosa. Mi cuerpo, necesitado como estaba, no tardó en reaccionar. Maldije cuando noté mi erección.

Entré en el dormitorio y me acerqué a ella.

Con una brocha que mojaba en algo de vez en cuando, terminaba haciendo volar la pintura hasta que caía, sin sentido ninguno, sobre el cuadro.

—¿Eso es el arte moderno?

Tras su grito, lo único que pude hacer fue cerrar los ojos porque la pintura que tenía que haberse ido para el lienzo, fue a parar directamente a mi cara cuando se giró.

—Joder, ¡no me des esos sustos!

Me limpié los ojos con los dedos y los abrí. Estaba enfadada.

¿Ella estaba enfadada?

¿La que había profanado la estética de mi casa?

¿La que a las cuatro de la mañana no me dejaba dormir?

¿Ella?

¡¿La que me estaba volviendo loco cada día?!

—¿Qué... demonios... haces... despierta... a... esta... hora? —pregunté con un tono alarmanamente amenazador.

Tono que sabía no le iba a afectar en lo más mínimo, era inmune.

—¿Te he despertado? —preguntó con vergüenza.

—No —dije con ironía.

—Menos mal —suspiró.

Puse los ojos en blanco, vivía tan en su mundo que ni me entendía la mayoría de las veces. Lo mismo pasaba cuando le explicaba las cosas referentes al negocio, me salía por los cerros de Úbeda. Iban a ser unas tres semanas muy largas si quería centrarla, porque al final me veía con que su padre no firmaba el documento cediéndole la empresa y yo me había casado para nada.

Ahí sí que me suicidaba, eso lo tenía más que claro.

Así que tendría que poner un poco más de mi parte y darle caña en ese tema para que pareciera una ejecutiva de primera. Tenía que moldearla a mi imagen y semejanza, así no tendríamos problema ninguno.

Volví mi atención a ella y a nuestra conversación.

—Me han despertado tus gemidos.

—¿Mis qué?

—Tus “No”, “Oh, sí” —intenté imitarla.

—Ah, eso —se puso roja de la vergüenza, pero terminó sonriendo—. Es que no suelo controlarme cuando pinto, lo siento.

—Ni cuando pintas ni cuando no lo haces —resoplé.

—Lo siento, David, no quise despertarte —suspiró, esa vez sí estaba avergonzada.

—¿Puedes, por favor, intentar pintar en silencio?

—Lo intentaré —prometió y volvió a mirar al lienzo. Que, por cierto, ¿qué mierda estaba pintando? Parecían brochazos sin sentido.

Suponía que no serviría de nada, pero al menos que lo intentara.

—Ah y Valeria...

—¿Sí? —me miró sonriendo, girándose de nuevo hacia mí.

—¿Por qué no te tapas un poco? Es invierno y todo eso... —carraspeé y fui hacia la puerta, dándole yo la espalda.

—Estoy bien...

—Ya... Pero uno no es de hierro —suspiré antes de cerrar la puerta y apoyarme en la pared.

Cerré los ojos y suspiré de nuevo.

No sabía si estaba más enfadado con ella por no dejarme dormir o por aguantarla cada día y sentirme coartado de libertad o conmigo mismo por cómo había reaccionado mi cuerpo al verla así.

Miré hacia abajo, la erección no había bajado.

Joder, lo que me faltaba era que esa mujer, además de volverme loco, me excitara.

Ya tenía que estar desesperado y necesitado para que eso ocurriera, porque de otra forma, no me habría fijado jamás en ella. Como nunca lo había hecho.

Necesitaba dormir. Eso lo solucionaría todo. Al día siguiente mi cuerpo volvería a la normalidad, una vez que yo lo desahogara con la mano, claro.

Me tumbé en mi cama después de lavarme la cara y metí la mano dentro de mi pantalón y mi bóxer. La tenía dura, o me aliviaba o se me iba a poner morada.

Y, para mi sorpresa, en quien pensé mientras me masturbaba era en ella.

En ese cuerpo.

En ese culo.

En esas piernas...

En esa loca que estaba acabando con mi cordura.

En esa cara que no se me fue en toda la noche de la mente.

Tenía que centrarme en mi objetivo y en lo que era ella, no podía verla más que como un negocio.

Pero las cosas no irían por ese camino si yo seguía a dos velas y ella... Ella volvía a ponerme cardíaco.

Capítulo 6



Escuché cómo abrió la puerta de su dormitorio y miré a la puerta de la cocina. Lo vi entrar con cara de somnoliento, aún refregándose los ojos. Con ese pijama que llevaba la noche anterior y que tan bien le sentaba.

Llegó hasta la cafetera y, de repente, se giró.

Pestañeó varias veces, como solía hacer cada vez que algo le llamaba la atención y tenía que asimilarlo, entonces me miró.

—Buenos días —sonreí.

—Eh... Buenos días... ¿Qué es todo esto?

Señaló a la isla donde yo tenía el desayuno preparado.

—Pensé que podíamos desayunar juntos —me encogí de hombros—. No soy muy buena cocinando, pero... Esto tampoco es que sea muy complicado —reí mirando las tostadas, el café y el zumo de naranja.

—No tenías que haberte molestado —se sentó en su sitio y nos sirvió café a ambos.

—No es molestia. Y también es una forma de disculparme —carraspeé. Él enarcó las cejas—. Por lo de anoche —hice una mueca.

—¿Por qué exactamente?

—¿Tengo que disculparme por más de una cosa? —dije haciéndome la tonta.

—No sé, dímelo tú. Por destrozarme el salón...

—Yo no destrocé nada, le di vida —le aclaré, cogí una tostada y comencé a untarle mantequilla.

—Porque casi me mato, por tu culpa, con el jarrón —siguió, ignorándome.

—Eso te pasa por no escucharme.

—Porque me despertaste a las cuatro de la mañana... —ya empezaba a sonar divertido, se le notaba en la cara también.

—Intentaré que no vuelva a pasar.

—Al menos que, si pasa, estés vestida —resopló.

—Lo siento, pensé que en mi habitación...

—Olvidemos el tema, Valeria —volvió, nuevamente, a sonar cortante—. Gracias por el desayuno, pero yo no suelo comer por las mañanas. Pensé que te habías dado cuenta de ello.

—Tenía que intentarlo —sonreí, ignorando su seriedad repentina—. ¿Qué vas a hacer hoy?

—¿Qué voy a hacer de qué?

—Pues no sé... ¿Saldrás? ¿Tienes planes?

—Esto... ¿Parece una charla de un matrimonio de verdad?

—No —reí—. Ellos no se preguntan eso, ya lo saben.

—¿Cómo que ya lo saben?

—Claro, son una pareja. Hacen planes, incluso hay un plan para no tener ningún plan.

—Ah... ¿Y nosotros tenemos que tener planes para no planes?

—No —negué inmediatamente—. Solo preguntaba por si... No sé, por si te apetecía hacer algo.

—Contigo...

—Si tanto te desagrada, no —me encogí de hombros, como si no me hubiese molestado el comentario, pero en realidad lo hizo. ¿Por qué no podíamos actuar como dos amigos? ¿Qué tan de malo lo veía?

—No es eso, Valeria —suspiró.

—Olvidalo, David —lo corté rápidamente—. Sé lo que hay y tampoco te estaba pidiendo nada raro. Solo me apetecía salir un poco y no quería hacerlo sola.

—¿Y tus amigas?

—Amiga es una palabra muy importante para llamar así a cualquiera, ¿no crees? —me encogí de hombros— No tengo mucha vida social.

Él me observó unos segundos antes de hablar.

—La verdad es que yo aquí tampoco —dijo finalmente, con el ceño fruncido.

—No me creo eso —reí—. Tienes fama de...

—¿Fama de mujeriego? —terminó por mí cuando me callé— La fama no siempre es verdad y, aún siéndolo, eso no quiere decir que tenga más o menos amigos por ello.

—¿Entonces qué sueles hacer?

—Trabajar y trabajar. Sexo de hola y adiós y poco más. Mis verdaderos amigos no están en esta ciudad.

—Oh... Quién iba a pensar que teníamos algo en común.

El rio y negó con la cabeza.

—Aparte de estar los dos locos, no creo que tú y yo tengamos mucho más en común.

—¿Y esos amigos tuyos? ¿Dónde están?

—En Londres. Uno es mi cuñado, para mi desgracia —puso los ojos en blanco—. Y otro es su mejor amigo y su jefe.

—Vaya, ¿y son buenos amigos?

—Los mejores. Aunque no puedan decir lo mismo de mí —soltó una carcajada.

—No te conozco muy bien, David, pero sé que eres una persona leal y muy justa —dije con seriedad.

—No, no me conoces muy bien —se puso serio—. Todos metemos la pata y yo estuve a punto de hacer infelices a mi mejor amigo y a mi hermana —suspiró—. Pero una buena paliza entre los dos y asunto arreglado.

—¿Os pegasteis? —no me lo podía creer.

—A hostia limpia —rio de nuevo—. Quedamos los dos hechos unos cuadros, pero sacamos todo. Y fue ahí cuando me di cuenta de que no había mejor hombre en el mundo para mi hermana que él, quien la hacía feliz. Y por mi culpa ella perdió ese brillo que tenía en la mirada.

Estaba alucinando de cómo, sin darse cuenta, se estaba abriendo a mí. Era algo que no me esperaba.

—Entonces crees en el amor.

David se puso serio, mirándome con fijeza.

—No para un hombre como yo —se levantó de la silla, un poco tenso—. Gracias por el desayuno, voy a darme una ducha.

Cerré los ojos y me insulté mentalmente, había metido la pata con esa pregunta, pero me había sentido tan bien mientras se abría de esa forma conmigo...

David no era un hombre fácil, pero sí honesto, leal y justo. Y yo estaba segura de que también era un hombre herido y de ahí su cinismo con las mujeres y con el amor.

No me correspondía a mí ayudarlo en nada, pero mientras siguiera viviendo con él, me encargaría de que, al menos, los momentos que pasáramos juntos, nos quedaran como un buen recuerdo para los dos.

Terminé de desayunar y recogí la cocina. Él aún seguía en la ducha, así que fui al cuarto y me dispuse a pintar.

Al parecer, no tendría nada mejor que hacer ese día.

Estaba tan ensimismada con mi lienzo que ni cuenta me di de que me estaba mirando hasta que habló.

—Al menos hoy vas vestida —dijo con picardía, con una sonrisa en la voz.

Me giré y me reí al ver su cara.

—Ya te dije que intentaré comportarme.

—Lástima —me guiñó un ojo, haciéndome malpensar. Y yo tenía una buena imaginación que volaba muy rápido—. ¿Qué pintas?

—El que me gustaría que fuera mi cuadro estrella —suspiré—. Pero aún le queda un poco.

—¿Me los enseñarás todos?

—Yo... —dudé, pero vi que estaba realmente interesado— Me encantaría hacerlo —dije con una enorme sonrisa.

—Pues lo harás después, así me hago una idea para la exposición que te estoy preparando.

—¿La qué? —pregunté con la boca abierta.

—¿No era parte del plan?

—Bueno, sí, pero no imaginé que tan pronto.

—Más de lo que imaginas, creo que voy a pasar algunas noches sin dormir hasta que termines el cuadro estrella —rio.

—No me asustes —me entró el pánico de repente—. Ay, Dios, tengo que terminar...

—No —me agarró de los hombros cuando le di la espalda y me hizo entrar en el baño—. Ahora te tienes que duchar, te tienes que arreglar porque vamos a salir.

—¿Los dos? ¿Juntos? —pero si había dicho antes que no pensara en hacer nada con él, no había quien lo entendiera.

—Tienes media hora —dijo sin contestarme—. No me gusta que me hagan esperar.

Y me dejó ahí, flipando e ilusionada por hacer algo con él.

Capítulo 7



—Ya estoy lista.

Me giré a mirarla, estaba observando la ciudad por la ventana y quise soltar una carcajada.

Sabía que era extravagante vistiendo, solo para ir a la oficina se arreglaba algo más...
¿Normal?

Pero ese día parecía que iba a ser así. Iba de todos los colores, con su melena medio cogida en un moño que se desataría en cualquier momento. Un vaquero roto, sus extrañas y enormes gafas de sol y una chaqueta que no le pegaba nada.

Lo peor de todo era que, mirándome con esa sonrisa de ilusión en su rostro, me pareció perfecta.

Esa mujer me estaba haciendo algo raro, se lo echaría a la comida o me haría vudú o a saber, porque sería en la última mujer del mundo en la que me fijaría.

Sí, sería eso, me estaba embrujando y yo, como estaba necesitado de alivio sexual, cualquiera me parecería guapa.

—¿Y qué es lo que llevas ahí? —señalé al enorme bolso que colgaba en su hombro.

—Ah, son mis por si acaso.

—¿Tus qué? —me reí y negué con la cabeza, cogí el bolso para llevarlo yo, parecía pesar—
Joder. ¿Qué llevas aquí? —pregunté caminando ya hacia la puerta.

—Es que como no sé adónde vamos... Pues me los llevo por si acaso. A lo mejor me pueden hacer falta.

—Miedo me da preguntar más... —reí.

Dejé el bolso en el coche y nos montamos para salir del parking.

—¿Me vas a decir adónde vamos? —estaba ansiosa.

—A comer fuera, a pasear un poco... ¿No querías salir?

—Claro que sí —emocionada al máximo—. Seguro que paseando se me ocurren un montón de ideas. Es algo que suelo hacer cuando me ahogo en casa.

—¿Qué quieres decir con cuando te ahogas?

—Mientras cuidaba a mi madre, el poco tiempo que tenía era para mis pinturas. Pero siempre terminaba tan cansada que sentía mi mente saturada.

Entonces salía a tomar el aire, a mirar al cielo, las estrellas si era de noche y era como reiniciar mi mente.

—Fue duro lo de tu madre, ¿no?

—Sí —dijo con tristeza—. Y aunque a veces pienso en la cantidad de años que perdí, lo volvería a hacer. Tenía que estar con ella. Aunque ahora no sirva ni para servir cafés —intentó

bromear.

—Te dejaste a un lado por cuidarla, eso es admirable, Valeria. Y no sé por qué confías tan poco en ti.

—No es que no confíe, es la realidad. No estoy preparada ni para ejercer de lo que estudié porque nunca lo puse en práctica. No por ello soy una ignorante tampoco.

—Nunca pensé eso, al contrario, eres tú quien siempre se ve como menos —le aclaré.

Era muy, muy inteligente. Muy culta. Divertida. Educada. Preparada... Lo único que no tenía era experiencia laboral y se entendía con lo que había vivido.

Aún más sabiendo cuál era su sueño. Ser alguien en un mundo complicado.

Y yo me iba a encargar de que ese sueño se cumpliera.

Conduje hasta un restaurante bastante exclusivo de las afueras de Barcelona, era un lugar de celebraciones y de eventos varios donde había asistido decenas de veces.

Y era allí donde iba a darle una bonita sorpresa.

Cuando bajamos del coche, ella ya con su bolso colgado, el cual le quité porque eso parecía tener piedras dentro, entrelacé nuestras manos. Ella se sorprendió un poco porque solo lo hacía cuando íbamos a la oficina.

—Es un lugar público —le expliqué.

—Ah, claro —rio, algo descolocada, apretó más el agarre y la llevé dentro, caminando por los jardines.

—Esto es precioso.

—¿Te gusta?

—Sí —sonrió, sin perder detalle alguno—. Los colores, cómo el sol ilumina allí, mira —yo seguía la dirección de su dedo, pero no veía nada extraordinario—. Menos mal que me traje mis por si acaso, creo que aquí se me van a ocurrir muchas ideas —dijo emocionada.

—Pero después, antes hay algo que quiero mostrarte.

Conocía el lugar como la palma de mi mano, a los trabajadores igual, así que no tuve ningún problema en entrar en el edificio de cristal que se reservaba para eventos exclusivos.

—Wow... —soltó mi mano y giró, alucinando con la belleza de aquel sitio.

Aproveché para dejar el dichoso bolso en el suelo, me iba a destrozar la espalda.

—Quería darte una sorpresa un poco más adelante, pero viendo lo que te cuesta dormir... —bromeé— No he podido conseguirte fecha antes, pero una semana después de que nuestro acuerdo llegue a su fin, todo este lugar estará preparado, con los medios de comunicación presentes, para conocer tu obra.

Nunca la había visto tan quieta. Tan en silencio. Y yo no sabía si eso era bueno...

Se mordió el labio y, de repente, algunas lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

Mierda no, no podía ver eso. Nunca había soportado ver a mi hermana llorar y con ella parecía que me pasaba lo mismo.

—Ey... —me acerqué a ella y cogí su cara entre las manos, limpiando las lágrimas con los pulgares— No llores.

—¿Es eso verdad?

—¿Lo de tu exposición? —ella afirmó rápidamente con la cabeza— Claro que lo es, era el trato, ¿no? —sonreí.

—Ya, pero no me imaginaba que...

—Tú solo pinta. Haz tu parte. Y pon un poco más para aprender a ser la mujer de negocios que tu padre espera. Nos quedan tres semanas, trabajemos duro. Lo vamos a conseguir. Y desde el

momento en que te conozcan, siempre voy a estar ahí para que llegues a lo más alto.

—David, yo... Sé que era el trato, pero aún me cuesta creer que ese momento llegue. No sé qué decir —terminó susurrando.

Me quedé mirándola a los ojos, siempre me mostraban tanto...

—Entonces no digas nada —susurré yo también, acercando mi cara a la suya y dándole un dulce beso en los labios.

No supe ni por qué lo hice, solo que me apetecía hacerlo.

—Lo siento, yo... —maldije al separar mis labios de los suyos. Quitó las manos de su cara, pero ella las cogió rápidamente.

Negó con la cabeza, aún llorando, pero con una sonrisa en los labios.

—No lo sientas porque yo no lo hago.

Y fue ella quien se acercó a mí esa vez y me dio un rápido beso en los labios. Carraspeó al separarse, nerviosa y soltó mis manos.

—¿Ahora sí puedo usar mis por si acaso? Porque tengo un montón de ideas en la mente —dijo emocionada y me hizo soltar una carcajada.

Ya había destensado la situación.

—Después de comer.

—Pero...

—Me ruge el estómago —volví a agarrarla de la mano y la saqué de allí—. Y no estoy de buen humor si no tengo el estómago lleno.

—Eso te pasa por no desayunar.

—Va a ser eso, sí —reí.

Entramos en el restaurante y disfruté de una comida con una mujer como hacía tiempo no ocurría. Perdí hasta la noción del tiempo mientras reía con sus locuras. No entendía la mitad de las cosas de las que me hablaba; yo, para el arte, era nulo.

Pero verla así de emocionada era lo más gratificante del mundo.

No entendía el empeño de su padre en cortarle las alas y en no apoyarla con sus sueños.

Quizás nunca la había visto como yo lo estaba haciendo en ese momento. Sentada en mitad del césped. Con todas sus pinturas, colores y varias libretas alrededor y con una sonrisa que nadie, en su sano juicio, querría borrar de su cara.

Su padre era un gilipollas de primera, esa era la única explicación. Y en ese momento me prometí que haría todo lo posible y más por ayudarla a conseguir su sueño.

Estuviera casada conmigo o no.

Cuando llegamos a casa, ya había anochecido. Compré un par de pizzas por el camino y preparé la mesa pequeña del salón para cenar. Había ido a cambiarse de ropa, a ponerse más cómoda. Y me reí al verla con un pijama de ositos. Era lo más anti sexy que había visto nunca.

—Lo anti sexy que quieras —rió como si me hubiera leído la mente—. Pero lo más calentito del mundo. Y como decía mi madre: Ande yo caliente...

—Ríase la gente —terminé entre risas—. Tu madre era sabia.

—Pues sí —sonrió con tristeza—. Y estará feliz de verme, esté donde esté.

—No lo dudes. Yo pienso lo mismo de mi padre. Esté donde esté, siempre estará pendiente de mi hermana y de mí.

Ella me regaló una hermosa sonrisa y cogió la porción de pizza que le ofrecí.

—¿Te puedo preguntar sobre ella?

—¿Sobre mi hermana?

—Sí. Guapísima seguro que es, solo hay que verte a ti —me guiñó un ojo—. ¿Pero cómo es ella?

—Insoportable —mordí la pizza y me quedé en silencio. Soltó una carcajada cuando entendió que no pensaba decir mucho más.

—Venga, va, cuéntame un poco.

Puse los ojos en blanco, pero estaba tan animada que no quise quitarle la ilusión.

—Mi hermana es un cerebritito. Es como un ratón de biblioteca, siempre con la nariz en los libros. Es cirujana cardióloga y está en Londres.

—¿Y siempre estuvo con tu mejor amigo?

—No —dije horrorizado, haciéndola reír más—. Yo lo “mandé” a cuidarla, a que le presentara gente. Y al final... —suspiré— Pero son felices.

Como, quizás, nunca lo sería yo, las relaciones no estaban hechas para mí.

—Hay gente que sí encuentra a su media naranja —sonrió con algo de tristeza.

—Te llegará la tuya.

—Ah, no, no quiero a nadie —dijo rápidamente—. Pido mucho, no creo que nadie llegue a cumplir todas mis expectativas. Y para menos... Pues me quedo sola.

—Supongo que me pasa igual —dije, pensativo—. Mejor dejemos el tema porque me deprimó —reí.

—Bueno... Pero me lo tienes que contar algún día. Por qué el más famoso Casanova de la ciudad está soltero.

—¿De dónde sacas eso? —reí— No creas en todo lo que oyes.

—¿No es verdad tu fama de una mujer cada noche? ¿Que no repites? ¿Hola, cama y adiós?

—Tú no tienes reparos en preguntar nada, ¿verdad? —me hacía reír como nadie— No quiero relaciones y ninguna mujer me ha interesado más que para una noche. Solo es eso. Nadie se queja, solo mi madre.

—La pobre, lo que tendrá que aguantar.

—A un santo —reí, haciéndola reír a ella cuando puse cara de niño bueno.

Reímos un rato y seguimos comiendo. Otra comida que disfrutaba en su compañía. Me sentía cómodo incluso.

—¿Por qué te arrepentiste de ese beso?

Como siempre, todo a bocajarro, sin ponerse a pensar en que yo estaba comiendo y que casi me atraganto con la jodida pizza. Vi hasta la luz, con eso os lo digo todo.

—Joder, Val, ¿puedes, al menos, esperar el momento oportuno para soltar ese tipo de preguntas? —dije cuando pude, por fin, llenar de aire mis pulmones.

—Es mi filtro mental —suspiró.

—Que no tienes, será —dije con ironía.

—Será... —frunció el ceño, se sentó sobre sus pies y me miró— Fue un beso bonito, solo no quiero que te arrepientas de ello.

—Un beso no cambiará las cosas, Valeria. Y no podemos ir a más.

—Ya sé que no —suspiró, triste—. No soy una mujer que pueda excitar a un hombre como tú.

Enarqué las cejas. ¿De qué demonios estaba hablando?

—Val... —le advertí, odiaba ese tipo de gilipolleces.

—Tranquilo, si lo entiendo —torció la cabeza y me miró, pícara—. Tú tampoco eres el tipo de hombre que me gusta.

Bueno... Estaba atacando a mi ego masculino.

—Ah, ¿no?

—No. Demasiado... —se mordió el labio, intentando no reírse y joder, sin darse cuenta, volvía a ponerme cardíaco.

—¿Demasiado qué? —pregunté acercándome un poco más a ella.

—Varonil. Visceral —estaba, en ese momento, a unos milímetros de sus labios, poniéndola nerviosa. Si quería jugar, yo era el número uno—. Demasiado sexual —susurró sobre mis labios.

Acorté la mínima distancia que había entre los dos y le di el beso que quería en ese momento. Ese que ni siquiera sabía que necesitaba. Un beso que me supo a... No sabía a qué, solo que ningún beso, en mi vida, había sido como ese.

Cuando abrió su boca y dejó entrar a mi lengua, rocé la de ella y perdí el control. La cogí de las caderas y la senté sobre mí, a horcajadas.

En ese momento no estaba pensando, solo quería más de eso que me estaba dando.

Cuando me separé de ella y mi mente reaccionó a lo que había hecho, maldije varias veces.

—Joder —dije de nuevo—. No podemos hacer esto.

Pero volví a besarla, porque me había gustado y porque mierda, llevaba una semana o más sin nada, sin nadie en mi cama. Y esa mujer estaba ahí, volviéndome loco.

—¿Por qué no podemos? —preguntó cuando la volví a dejar respirar.

—Porque todo esto es una farsa, Valeria —¿tenía que explicárselo?

—¿No me deseas?

Joder... La cogí por las caderas y la apreté contra mi erección.

—¿Te sirve de respuesta? —gemí al sentirla.

—¿Entonces dónde está la farsa?

Era tan ingenua...

—En que solo será sexo de una noche —esa era la verdad, yo no repetía con nadie y ella no iba a ser la excepción.

—Que así sea entonces —dijo con seguridad.

Me estaba dando vía libre para que tomara de ella lo que quisiera y para que no volviera a suceder. Estaba aceptando las reglas y no pidiendo más.

Estaba dándome lo que quería y yo, con lo excitado que estaba, no iba a rechazar tal proposición.

—¿Estás segura?

—Sí. Por primera vez en mi vida sí lo estoy.

No entendí a qué se refería, pero en ese momento tampoco me importaba. Yo solo quería entrar en ella.

Le quité la parte superior del pijama y gemí al ver que no llevaba nada debajo.

—Al final me hago fan de este tipo de pijamas —dije admirándola, tenía unos pechos preciosos. Levanté la mirada y vi cómo sus mejillas se habían teñido de rojo. Levanté las manos y le quité el moño, dejando que su pelo cayera y me quedé sin respiración—. Eres preciosa.

Y lo decía de verdad, no había visto a nadie tan bella al natural.

—David, no...

—No es un cumplido —le aseguré—. Te juro que no hago cumplidos. Solo no me esperaba...

A la mierda, no lo iba a entender porque ni yo mismo lo hacía. Así que esa vez la devoré. Se acabaron las palabras, iba a entender, con gestos, lo preciosa que la veía.

La tumbé en el sofá y la dejé completamente desnuda. Joder...

—David... —sonó insegura y levanté rápidamente la cabeza.

Me quedé mirándola y supe que la había incomodado al quedarme mirando su cuerpo.

—Solo te admiraba —esa era la verdad. Me quité la ropa y me tumbé sobre su cuerpo, con el preservativo ya puesto. La sensación de su piel junto a la mía mientras la besaba era impresionante.

Intenté excitarla al máximo, quería que llegara al límite. La quería desesperada por sentirme dentro. Quería que fuera algo inolvidable para ella.

Y sabía que lo conseguiría, era un buen amante.

Tenía experiencia suficiente para saber hacer disfrutar a una mujer. Y ella merecía disfrutar más que ninguna.

Besé su mandíbula y dejé un reguero de besos por su cuello. Hasta llegar a sus pechos. Quería saborearlos, deleitarme con ellos.

—David...

Levanté la cabeza y la miré, tenía la mirada vidriosa por el placer. Subí un poco, apoyé mis codos a cada lado de su cabeza y sonreí.

—Valeria...

—Necesito —suspiró.

—¿Qué necesitas?

Ella me miró a los ojos con tal sinceridad que me desarmó.

—A ti —susurró—. Te necesito a ti.

Sonreí, me había encantado escuchar eso, metí una rodilla entre sus piernas, separándolas para que me dejara espacio y coloqué mi pene en la entrada de su vagina. Entré un poco y un poco más. Dios, estaba apretada.

Comencé a entrar y admiré cada uno de sus gestos de placer. Me apoyé sobre las palmas de mis manos y entré de una vez, casi muriendo de placer.

No necesité mucho para notarla temblar y para que su gemido sordo me dijera que el orgasmo había llegado, arrastrándome a mí con ella.

Cuando caí sobre su cuerpo, me faltaba el aire y tuve una sensación extraña.

Me tumbé a su lado, por primera vez en mi vida, cogí a una mujer y la apoyé sobre mi pecho.

No sabía qué demonios estaba haciendo, solo que tenía un problema.

Porque tenía la sensación de que una sola voz no era suficiente.

Porque, por primera vez, era yo quien quería más.

Capítulo 8



Me desperté a la mañana siguiente y seguía en el sofá, tapada con varias mantas. David parecía estar en la cocina. Me levanté, me puse el pijama que había dejado doblado en una esquina de la mesa y, algo dudosa por lo que había pasado esa noche entre los dos.

Aunque yo tenía las cosas muy claras, mi actitud con él no iba a cambiar y yo sabía sus reglas. Así que no me sentía incómoda.

—Buenos días —dije lo más cantarina que pude.

Él se giró y me miró. Estaba serio, mucho, seguramente arrepintiéndose de lo que había pasado entre nosotros. O con miedo a que yo le pidiera más. Pero eso no iba a pasar.

—Buenos días. ¿Café?

—Por favor —sonreí—. ¿Y todo esto? —él no solía desayunar.

—Hoy me levanté con hambre —me dejó la taza sobre la isla y se sentó frente a mí.

—Ya veo —reí, viendo la cantidad de cosas que había puesto. Yo, con una simple tostada, era feliz.

—Estaba pensando que tenemos que organizarnos —dijo tras morder un croissant.

—¿En qué sentido?

—Con el trabajo, etc. Necesitas tus horas de estar conmigo en la empresa y tus horas de estar en casa preparando la exposición. Y si no nos damos prisa, nos va a coger el toro.

—En eso tienes razón —al parecer, todo entre nosotros había vuelto a la “normalidad”, si es que algo, alguna vez, había sido normal—. ¿Qué propones?

—Las tres primeras horas del día conmigo en la empresa. Dejando tu mente aquí —me señaló con el dedo.

—Eso no lo puedo prometer —me reí.

—Más te vale que me hagas caso o nos quedaremos sin la empresa al final —me advirtió.

—Me centraré, jefe.

—Aja... —dijo no muy convencido— Después puedes venirte a casa y aprovechar todo lo que puedas para pintar. Será tu presentación y tiene que ser un éxito rotundo.

—Me da más miedo eso que otra cosa —suspité.

—¿Por qué? Eres buena. He visto más de un cuadro tuyo ya.

—Pero siempre dará miedo —reí—. Es una forma de mostrar una parte de mí.

—No pienses en eso. Piensa en que serás la artista que vende esas obras. Además, Una vez que cojas confianza con el tema de la empresa, te aseguro que también la ganarás como artista.

—¿Qué tiene que ver?

—Más de lo que te imaginas. Es seguridad en ti misma. Y necesitas mucha porque te tienes

muy mal valorada.

—Como todos, supongo.

—Supones mal, yo sé que soy el mejor —lo dijo con tanta pomposidad que terminé tirándole el pedazo de tostada que me quedaba. Y con tan mala puntería que le dio en toda la cara.

Maldita ley de Murphy, ¿le tenía que dar por el lado de la mantequilla?

El pedazo de pan cayó, resbalando lentamente y su cara se volvió de mármol. Cogió una servilleta, se limpió con lentitud y me miró de esa forma suya en la que se suponía, yo tenía que huir.

—Esta me la vas a pagar —comenzó a levantarse lentamente y yo lo hice de un salto.

—Lo siento, te juro que fue sin querer —pero no pude evitar soltar una carcajada.

—Valeria de la Cruz...

—David Aguirre... —dije en su mismo tono.

—Más vale que corras.

—¿Qué? ¡No! —grité cuando lo vi abalanzarse sobre mí. Salí corriendo por la casa, pero me cogió al vuelo en el pasillo y me tiró en mi cama. Con él encima— Te juro que no lo hago más — dije entre risas.

—No sé por qué no te creo —resopló, bromeando.

—Jamás te mentaría.

Y con esa frase noté cómo se tensionaba. Se me quedó mirando a los ojos y terminó bajando su cara para darme un beso. Un beso largo, un beso que parecía ser la promesa de que vendría mucho más.

—David... —suspiré.

—Lo siento. Sé que no podemos, pero...

—Joder, deja el tema con el no podemos —resoplé—. Mientras queramos los dos, ¿qué más da si es correcto o no? No voy a pedirte más por esto ni me negará a cumplir el contrato.

Lo dije enfadada porque en ese momento la maldita frase del “No podemos” me tocaba la moral.

¿Por qué no podíamos?

¿Porque incumplía su maldita regla de no más de una vez?

A la mierda la regla, lo que ocurriera entre nosotros tampoco cambiaría nuestro destino. Nos separaríamos pronto. ¿Qué había de malo si queríamos disfrutar el uno del otro?

—Todo esto puede complicar las cosas, Valeria.

Se tumbó a mi lado y suspiró.

—No si no queremos. Sabemos lo que hay, David. Tenemos un final y una fecha de caducidad.

—Te lo tomas con mucha tranquilidad.

—¿Por qué no? Sé que cumpliré mi parte. Y tú la tuya. Lo que pase entre nosotros mientras... ¿Qué tiene de malo?

Él se quedó pensativo unos segundos.

—Supongo que nada —se acercó a mí y me besó—. ¿Estás segura de que no te haré daño?

—Ninguno —dije con firmeza.

Y el siguiente beso fue el culpable de que ambos llegáramos esa mañana tarde a la oficina.

—¿Preparada? —preguntó cuando entramos en el que era mi despacho.

Cogí aire, estaba lista para que me convirtiera en la mejor ejecutiva de esa empresa. Al menos para que la gente creyera que lo era.

—Vamos a por ello.

Y llevamos a cabo el horario que habíamos acordado. Tres horas con él y el resto del día para encerrarme en mi habitación y seguir creando para la exposición que se avecinaba.

Estaba tan ensimismada en mi cuadro que ni cuenta me di de que David había llegado a casa. Me asusté cuando me cogió por la cintura, pegando su cuerpo al mío y dándome un beso en el cuello.

—¿Qué pintas? —preguntó cuando dejó caer su cabeza sobre mi hombro.

—Es algo extraño de explicar.

—¿Y si lo haces mientras nos tomamos una copa de vino y cenamos comida china que traje?

Me giré entre sus brazos, hasta ese momento no me había dado cuenta del hambre que tenía.

—Comida —dije con voz de película de terror.

Él soltó una carcajada.

—Estás como una cabra —ahuecó las manos en mi culo y me cogió en peso, haciéndome gritar—. ¿Sabes que la comida china es de mis favoritas?

—Pues no —rio.

—Y los rollitos de primavera lo mejor.

—Pues menos mal que me dio por traer, porque a mí no me gustan nada —me dejó sobre la silla de la cocina y comenzó a abrir las bolsas.

—Mejor, así me como el tuyo también cuando toque —reí.

—Has adelantado mucho el cuadro, ¿no?

—Sí, la verdad es que me cogió inspirada —comencé a comer nada más que me sirvió y gemí de placer.

—¿Tú un día duro?

—Me encontré con tu padre, fue a ver cómo andaba todo.

—Espero que no hayáis tenido ningún encontronazo —suspiré.

—No, tranquila. Lo respeto y él a mí también. Aunque no entienda cómo hace las cosas... —resoplé.

—Lo hecho, hecho está. Vamos a salvar la situación y a salir ganando los dos.

—Sí —me guiñó un ojo—. Y sin celibato.

—Serás capullo —solté una carcajada.

—Es verdad, ¿qué más se puede pedir?

Pues quizás nada. O tal vez mucho más. Pero ambos sabíamos lo que había entre los dos y no íbamos a comernos la cabeza con nada más.

La cena estaba deliciosa y el vino también. Después de un postre de chocolate, me despedí de David, quería terminar ese cuadro lo más pronto posible.

No supe ni el tiempo que pasé ahí. Agotada, me tumbé un rato en la cama para descansar y me desperté cuando noté que me cogían en brazos.

—¿Qué haces? —pregunté adormilada.

—Llévate a mi cama. Duermes conmigo.

—¿Pero no estaba en la mía?

—Por eso mismo.

Me dejó sobre su cama y se tumbó a mi lado, me abracé a él y suspiré. En ese momento no le di importancia a su gesto ni al alivio que sentí al dormir con él.

No fue, hasta un par de semanas después de relación, cuando ya solo quedaban cinco días para que nuestro acuerdo llegara a su fin, cuando entendí que no quería que eso terminara.

Porque me había enamorado de ese hombre.

Y ni siquiera sabía cuándo sucedió eso.

Capítulo 9



—Estoy jodido.

Resoplé después de decirlo y me dejé caer en el sofá.

—¿David?

—No me jodas, Marcos, sabes bien que soy yo. Lo ves en la pantalla.

—Eso y porque eres el único que me llama siempre de madrugada —resopló.

—¿Quién es? —escuché preguntar a Daniela, mi hermana.

—Tu hermano, que tiene que dar el coñazo. Tú duerme, preciosa.

Escuché cómo la besaba y ella le pedía que no tardase, saludándome de camino. Puse los ojos en blanco, los dos eran más que empalagosos.

—¿David?

—Sigo aquí —suspiré.

—¿Qué ocurre?

—Pues eso, que estoy jodido.

—¿Jodido o muy jodido?

—Ambas.

—Entonces espera o no me lo va a perdonar nunca.

Escuché un tono de llamada y puse los ojos en blanco. El que faltaba para el drama.

—¿Qué? —preguntó de mal humor.

—David está jodido —dijo Marcos.

—Joder, esto no me lo pierdo —rio Carlos, ya, de repente, muy despierto—. Es David, que está jodido —le aclaró a Marta, su mujer.

Puse los ojos en blanco, esos dos eran tal para cual.

—Estoy llamando porque necesito ayuda, no porque tenga ganas de que os riáis de mí —les advertí.

—Jamás haríamos algo así —dijo mi cuñado.

—No me metas en el saco, yo sí lo haré —rio Carlos.

—Os podéis ir los dos un poco a la mierda. No sé ni para qué llamo.

—Venga, David, no te enfades, solo estaba bromeando. ¿Verdad, Carlos?

—Aja —dijo con un tono de “No”.

—¿Qué te pasa?

—Que me casé, eso me pasa —resoplé.

—Bueno, ya lo sabíamos. Nosotros mismos te dijimos que lo hicieras.

—También sabíamos que se iba a joder, Marcos.

—¿En qué sentido sabíais que me iba a joder?

—En ninguno —dijeron los dos a la vez.

—Era un matrimonio por conveniencia y, si no calculo mal, debe estar a punto de acabar, ¿no?
—preguntó Marcos.

—Sí —afirmé.

—¿Y cuál es el problema entonces? —preguntó Carlos.

—Que me he acostado con ella —suspiré.

—Sí, bueno, tampoco es que nos extrañe —rio Carlos.

—Más de una vez —aclaré.

—La hostia —eso salió de la boca de mi cuñado y los siguientes segundos, que se me hicieron eternos, ninguno habló. Yo creo que es que ninguno respiraba.

—¿David? —me llamó Marcos, como con cuidado— ¿Cuántas veces son más de una vez?

—¿Tiene eso importancia? —fruncí el ceño.

—Hombre, yo creo que sí —suspiró mi cuñado.

—Más de la que piensas —concordó Carlos.

—Pues no sé... Cada día desde hará dos semanas —tampoco tenía que explicarles si era más de una vez.

De nuevo el silencio absoluto. Lo que me estaba poniendo bastante nervioso. Hasta que Carlos estalló en carcajadas.

Entonces preferí el silencio porque tuve que separarme el móvil de la oreja o me iban a dejar sordos los dos.

Esperé y esperé hasta que las risas se fueron apagando.

—¿Os habéis quedado a gusto ya? —pregunté con ironía.

—Joder, la has cagado pero bien —rio Marcos.

—No la he cagado. Fue una especie de pacto. Los dos prometimos no estar con otros este mes y bueno... Ya sabéis cómo soy.

—Claro que sí —rio Carlos.

—¿Por qué será que ese claro que sí no me gusta cómo suena? —resoplé.

—Eres mayorcito, David. Ya te darás cuenta de las cosas. Pero sí, estás jodido y mucho —rio Carlos.

—No me ayudáis una mierda —resoplé.

—Ahora mismo tampoco podemos hacer nada —intervino mi cuñado—. Cuando llegue el momento, pues allí estaremos.

—¿El momento para qué? —pregunté.

—Para darte las hostias que te mereces —rio, de nuevo, Carlos.

—No entiendo nada.

—Ya lo harás. Por cierto, ¿cuándo termina todo? —preguntó Carlos.

—Quedan cuatro días. Dentro de cinco ya seré el dueño y un divorciado más. Y después de su exposición...

—¿Tienes fecha ya para su exposición? —preguntó Marcos. Ambos sabían todos los detalles del pacto.

—Sí, será una semana después de que todo termine. ¿Por qué?

—Por nada, solo curiosidad.

—Tú no preguntas nada solo por curiosidad, Marcos —puse los ojos en blanco.

—Pues esta vez lo hizo —intervino Carlos—. David, mejor vete a la cama. Aprovecha y

disfruta de los días que te quedan con ella y ya.

—Pero...

—Pero nada —me cortó Marcos—. No hay nada de malo en el pacto que habéis hecho. Deja de comerte el coco y disfruta lo que queda, poco más.

—¿Entonces por qué me siento jodido?

—Porque lo estás —rio Carlos—. Pero hasta que no llegue el momento, no lo entenderás.

—No sé para qué llamo, no ayudáis una mierda —repetí.

—Ya lo haremos. Tu hermana me espera en la cama. Anda, tira para la tuya y no la dejes sola. Te quedan pocas noches.

—Lo que él se cree —rio Carlos antes de colgar la llamada.

Y me quedé ahí, solo de nuevo en el silencio de la noche, sintiéndome jodido y sin saber por qué.

Pero no tardaría mucho en descubrirlo.

Capítulo 10



Los siguientes días noté a David extraño. Casi no hablaba, era como si no tuviera ganas de nada y me preocupaba. Pero si le preguntaba, siempre decía lo mismo. “Nada”. “No me pasa nada, solo estoy cansado.”

Cansados estábamos los dos, habíamos trabajado mucho esas semanas para que llegara a la reunión preparada. Y creía estarlo.

Pero sabía que había algo que le preocupaba y que no me lo quería contar.

Ya tampoco me sentía bien del todo. Las cosas estaban llegando a su fin, al día siguiente sería la tan ansiada junta en la que tomaría el control de la empresa. Control que cedería un día después y llegaría el divorcio.

No sería fácil, me había acostumbrado a él. A sus muestras repentinas de cariño, a cómo disfrutaba haciéndolo reír. Pero tenía la cabeza sobre los hombros y siempre supe que lo que ocurriera no tendría importancia.

Y que yo, jamás, le pediría nada más.

Lo que ocurrió tal vez era una necesidad de cariño por ambas partes.

Tal vez deseo.

O ambas cosas.

¿No dicen que el roce hace el cariño?

Pero, estaba claro que no era nada más.

Esa noche estábamos los dos sentados en el sofá, con la televisión puesta y cada uno sumido en sus pensamientos.

—¿Nerviosa por mañana? —me preguntó.

—No... —mentí, por dentro me sentía como un flan.

—No se te da muy bien mentir —sonrió.

—Pues tengo práctica con mi padre en ocultarle las cosas.

—Tu padre tiene que estar ciego —suspiró—. Eres un libro abierto.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué estoy pensando ahora?

Él me observó antes de que una sonrisa pícaro se formara en sus labios.

—Estás pensando que no sabes cómo llevarme a la cama.

Solté una carcajada, al menos había vuelto el humor esa noche. Y yo no iba a dejar que se le fuera de nuevo. Demasiado serio estaba últimamente.

—No me costaría hacer eso —dije con suficiencia.

—¿Crees que no? —enarcó las cejas, me estaba retando y siguiéndome el juego.

—Un par de maniobras y estás conmigo rápido.

—Se ha vuelto usted un poco creída, ¿no le parece?

—¿Quieres que te lo demuestre?

—No suelo creer nada sin tener pruebas. Espera, ¿adónde vas? —me preguntó agarrándome de la mano cuando me levanté del sofá para marcharme.

—Sírverte una copa de vino porque en cinco minutos, te tengo donde quiera.

David soltó una carcajada y me dejó marchar.

Corrí a mi habitación, la que no había vuelto a usar desde la primera noche que dormí con él y abrí el cajón donde había guardado la lencería que me compré esa misma tarde.

Quería parecer una de esas mujeres sofisticadas con las que él solía estar. O intentar ser yo un poco más así.

No sabía si me atrevería a usarla, pero él me había allanado el camino. La compré pensando en sorprenderlo. En, quizás así, hacerlo sonreír un poco y en pasar nuestra última noche de una manera especial.

Pero como seguía igual de callado y de serio... Ni me había atrevido.

Y demasiado que conmigo había roto sus reglas como para ser yo quien le pidiera una última noche.

Por ahí sí que no iba a pasar, no me iba a exponer al mal trago de un posible rechazo.

Me desnudé rápidamente y me puse el conjunto de lencería negro que me había comprado. Solía usar colores chillones, pero ese tono para ese conjunto me había llamado mucho la atención.

Me puse delante del espejo, me solté el pelo y lo escardé un poco. Un poco de rímel, un poco de brillo de labios y...

Joder, no parecía ni yo.

Los tacones nuevos y salí al pasillo cuando las piernas dejaron de temblarme.

No sabía qué pensaría él al verme, tal vez estaba demasiado ridícula...

Borré ese pensamiento de mi mente, yo ya era una mujer más segura y él me había demostrado que podía ser natural a su lado y que no tenía que avergonzarme por nada.

Y no iba a echar todo ese trabajo por la borda por una tonta inseguridad en el último momento.

Levanté mi cabeza y salí al pasillo. Veía su brazo apoyado en el brazo del sofá con la copa de vino en su mano. Caminé con lentitud y me paré cuando llegué a la puerta que dividía las estancias. Abrí las piernas, a lo femme fatale y apoyé mi mano en el quicio de la puerta.

En ese mismo momento sus ojos volaron hacia mí.

—Joder —dijo mientras la copa de vino caía al suelo, rompiéndose y manchando toda la moqueta.

Enarqué una ceja y sonreí.

—¿Crees que así conseguiré llevarte a la cama?

—Madre de Dios —no dejaba de mirarme.

Se levantó lentamente y yo me puse recta, comencé a caminar hacia atrás.

—Quieta —me advirtió.

Sonreí, en ese momento yo tenía el control y no iba a hacerle caso.

—¿Y si no quiero? —pregunté, juguetona.

—Te haré pagar por ello.

—Ouf, me has excitado con eso —gemí.

Gemido el que soltó él antes de cogerme entre sus brazos, alzarme un poco y devorar mi boca como si no lo hubiera hecho en mucho tiempo.

Me besó hasta que me dejó, de pie, al lado de su cama.

—¿De dónde sacaste esto? —tocaba la lencería con los dedos.

—La compré para ti. Pensé que... —me callé, si le decía lo que había pensado, no le iba a gustar nada.

—¿Pensaste qué? —preguntó, y por el tono de su voz supe que me leía bien la mente.

—Que te gustaría.

—Aja... —acarició la lencería a la altura de mis pechos, un escalofrío recorrió mi cuerpo— Me gusta, sí. Pero te prefiero sin ella —iba a desnudarme, pero le paré las manos.

—Déjame a mí hoy —susurré.

Él sonrió y afirmó con la cabeza. Comencé a desnudarlo lentamente, recreándome con cada parte de su cuerpo. Lo hice girarse y sentarse en la cama cuando no llevaba nada de ropa puesta. Le di el preservativo y esperé a que se lo pusiera antes de apoyar uno de mis pies en la cama, al lado de su pierna. Desabroché el ligero y comencé a bajar las medias con lentitud.

David iba tocando cada parte de mi cuerpo que se quedaba sin nada. Era incapaz de quedarse quieto y de cederme el control por completo.

Cuando terminé de desnudarme, su reacción fue visceral.

Con un gemido fuerte, tiró de mí, tumbándome en la cama para colocarse encima y penetrarme sin mucho más calentamiento. Solo con su boca en la mía.

Devorándome mientras hacía que mi cuerpo le perteneciera.

Fue la vez más intensa para mí. La ansiedad que sentíamos los dos, necesitando al otro para aliviar el deseo.

Cuando terminamos, agotados y abrazados, sentí un dolor en el pecho y un nudo en la garganta.

David, sin saberlo, con su abrazo y con ese dulce beso en la cabeza había abierto todo lo que no debería de salir. Mis emociones estaban a flor de piel. Y fue en ese momento cuando me di cuenta de que todo se terminaba.

Ya solo nos quedaban unas horas juntos y yo no quería que llegara el fin.

Estaba enamorada de ese hombre.

¿Cuándo había ocurrido?

Sabía de más que hacía mucho de eso. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Cómo había podido enmascarar ese sentimiento tanto tiempo? ¿Cómo me había podido engañar tanto, a mí misma, con excusas?

La respuesta era fácil, porque era la única forma de poder seguir cerca de él sin sufrir.

Pero, al final, iba a hacerlo. Porque los sentimientos no podían permanecer bajo llave mucho más. Y yo no podía seguir mintiéndome.

Me había enamorado de mi marido.

El que, no muchas horas más tarde, ya no sería eso.

Cerré los ojos con fuerza para que no se me escapara ninguna lágrima. Lo último que quería es que él supiera lo que sentía. No podía hacerle eso.

Al día siguiente todo se acabaría entre nosotros. ¿Lo demás? Sueños tontos de una pobre enamorada del hombre equivocado.

Apreté los ojos con más fuerza al sentir que una lágrima salía de ellos. Su gesto fue inmediato. Me abrazó más fuerte y me dio un largo beso en la cabeza.

Suspiré. Cómo iba a echar de menos cada momento con él. Cada conversación. Cada silencio...

Cada beso.

Cada caricia...

Todo lo que fuera él.

Y dormí, imaginando que, tal vez, era su forma de decirme que también sentía lo mismo que yo.

Pero solo era un deseo, un sueño. La realidad era muy diferente.

Y, esa noche, yo solo quería soñar.

Capítulo 11



Esa noche apenas pude conciliar el sueño. Había llegado el día que, se suponía, estaba esperando con ansias. Valeria tomaría el mando, oficialmente de la empresa y unas horas después, todo sería mío.

Un divorcio rápido y me quedaría soltero, como siempre, con la empresa solo para mí y el único “incordio” de ayudarla siempre en su carrera.

Lo cual era todo menos algo molesto. Iba a disfrutar cada instante de su éxito. Porque iba a triunfar, no tenía duda.

Ella no tenía ni idea de la que le había preparado para ese día.

Además, estaba seguro de que no necesitaría ni la cuarta parte, brillaba con luz propia, aunque ella aún no lo creyera.

Estaba tumbado en el sofá. No podía dormir y no quise molestarla. Sabía que se había dormido llorando y me rompía el corazón. Si de algo me había encargado ese mes que habíamos pasado juntos era de no verla llorar nunca, no podía soportarlo.

Y no me importaba si lloraba por los nervios del día siguiente o por su exposición. No soportaba verla llorar y punto.

Cuando noté que se quedó dormida, me levanté a tomar algo caliente. Y ahí estaba. Con el té helado y sin probarlo mientras no dejaba de darle vueltas a la cabeza.

No sabía por qué me sentía así. No tenía ni idea de qué era lo que me estaba pasando.

¿Podía ser que me había acostumbrado a ella?

Entonces ya se me pasaría. El tiempo lo curaba todo.

Frustrado, me levanté y volví a su lado. Se acurrucó nada más sentirme y suspiré. Esa iba a ser, seguramente, la última noche que pasaría a su lado.

Y, aunque no supiera por qué, me jodía bastante.

Desperté a la mañana siguiente sintiendo sus besos en mi cuello, sintiendo sus pechos desnudos en mi espalda. Era la primera vez que me despertaba así.

—Val...

—Buenos días —sonrió sobre mi cuello.

Me di la vuelta para tenerla frente a mí y pegué nuestros cuerpos.

—Buenos días, preciosa —le di un beso en los labios y sonreí cuando vi su cara—. Estás nerviosa.

—No —negó inmediatamente hasta que yo elevé las cejas y resopló—. Vale, sí, un poco. Un mucho —bufó finalmente.

Solté una carcajada cuando puso los ojos en blanco.

—Todo saldrá bien. Estás preparada, te enseñó el mejor. Incluso te diría que serías capaz de llevar la empresa sin ayuda ninguna.

—Tampoco exageres, sabes que no me contaste todo.

—Bueno, algunos secretos tenía que dejar para mí —reí. Ella acariciaba mi pecho, pensativa, con la mirada fija en él—. Val... —levantó la vista hacia mí— Todo va a ir bien, te lo prometo.

—Espero no meter la pata.

—Confía más en ti, ¿quieres? Yo lo hago.

—Que confías en ti es evidente, eres la persona más segura que conozco —resopló, haciéndome reír de nuevo.

—Confío en ti, tonta. Sé de lo que eres capaz. Solo necesitas creerlo tú.

—¿Estarás a mi lado?

—Frente a ti —especifiqué—. Pero a tu lado.

—Bien... Va siendo hora de levantarse y...

—No —la abracé con más fuerza—. No hasta que termines lo que has empezado.

—No recuerdo lo que estaba haciendo —dijo haciéndose la tonta.

Mordí su cuello, haciéndola reír.

—Vamos a llegar tarde —gimió cuando la besé—. Tenemos que ducharnos y...

—Buena idea —me levanté de la cama.

—¿Qué haces? —preguntó mirándome extrañada. La saqué de allí— Continuaremos en la ducha.

—Pero...

—Pero nada, Val. A la ducha y punto.

—Aja —dijo sin rechistar más, haciéndome sonreír.

En un rato todo habría acabado entre nosotros. Tenía, al menos, que lograr pasar una última noche con ella. Ya le pondría la excusa de que hasta el día siguiente que no fuera efectivo el acuerdo...

Lo que fuera y ni siquiera me planteaba el porqué. Pero yo tenía que decirle adiós en condiciones. Y no con un rápido polvo en la ducha.

Capítulo 12



Llegó el momento.

David y yo entramos en la sala de reuniones agarrados de la mano. Antes de separarse de mí para irse a su sitio, levantó mi mano y me dio un beso en ella.

—No dudes de que puedes, ¿me oyes?

Afirmé con la cabeza y me quedé a cuadros cuando, sin imaginármelo, me dio un beso de tornillo delante de todos.

Si no llega a ser por el carraspeo colectivo, ni nos separamos.

—Vamos, preciosa. A por ello —me guiñó un ojo y con toda la tranquilidad del mundo, como si no fuera con él la cosa y la gente no lo siguiera con la mirada, llegó a su sitio y esperó a que yo tomara asiento para hacerlo él también.

Admiraba esa fuerza innata, esa seguridad en sí mismo.

La verdad es que admiraba y me gustaba todo de él.

Miré a mi lado y ahí estaba mi padre, expectante. Era extraño el estar sentada en el que siempre había sido su sitio.

No lo había visto muchas veces en ese último mes y prefería eso que andar discutiendo. Porque yo ya no era la misma tonta de antes, era más segura y aunque lo respetara, tampoco me iba a dejar mangonear más.

—Valeria —saludó cordialmente—. Es tu gran día —sonrió, dándome ánimos.

Hacía mucho tiempo que no me trataba así, demostrándome cariño. O, al menos, yo lo sentí de esa manera.

Tomé aire y miré a David antes de comenzar. Me guiñó un ojo y sonreí. Era el momento de demostrarle a mi padre, a David y a todos los demás que yo estaba más que capacitada para lo que me propusiera.

Era el momento de demostrármelo a mí misma.

Que, si quería, podía.

Y aunque al principio me tembló la voz, miraba a David y volvía a coger fuerzas. Y cuando terminé, los aplausos me dijeron que lo había conseguido.

Miré a quien todavía era mi esposo y la sonrisa de orgullo mientras se levantaba y aplaudía fue el mayor regalo que me llevé.

Los distintos miembros de la junta directiva me dieron la bienvenida a la empresa y mi padre, David y yo terminamos quedándonos solos en esa sala.

—Felicidades, Valeria —mi padre se acercó a mí y me dio un abrazo—. Sabía que podías hacerlo.

David no tardó en aparecer a mi lado y en agarrarme por la cintura, mostrándome a mi padre que no estaba sola.

—Es capaz de todo lo que se proponga —dijo con firmeza, emocionándose al sonar tan sincero.

—Lo sé —mi padre lo miró fijamente y volvió a mirarme a mí—. Solo necesitaba creerlo ella misma.

—Papá... —dije emocionada por esas palabras.

Mi padre abrió un portafolios y sacó unos documentos.

—Son los que firmaste —cogió un bolígrafo y plantó su firma en ellos—. Ahora sí, todo esto es tuyo. Y tuyo —miró a David y le dio un apretón en el hombro antes de irse—. No podría quedar en mejores manos.

Y se fue, dejándonos allí, sin entender nada. Si en tan buenas manos le parecía, ¿por qué...?

—Hay veces en las que creo que nunca lograré entenderlo —suspiró David.

—Yo ya perdí la fe, sé que no lo haré y ya —resoplé—. Todo terminó, ahora mismo eres el dueño mayoritario de la empresa. Mañana será toda tuya.

—No quiero hablar de eso ahora —me cortó, serio.

—Pero...

—Es hora de celebrar. ¿Y si comemos juntos? Una tarde de relax, una noche de sexo...

—Pero el trato...

—El trato era hasta mañana, Valeria —dijo en un tono en el que me advertía que más me valía no llevarle la contraria—. Esta noche aún estamos casados.

—Ah...

—Sí, ah... Entonces, ¿dónde te apetece comer?

—Si me das a elegir... —caminamos hacia la salida, él aún agarrándome por la cintura— En la cama, claro.

Soltó una sonora carcajada.

—Pero sin ropa —dijo cuando entramos en el ascensor.

—Y llenando todo de miguitas de pan —bromeé.

Él puso una mueca, sabía que tenía una manía con eso, no lo soportaba.

—Comer en la cocina no está tan mal, ¿no te parece?

—Siempre y cuando estés desnudo —le guiñé un ojo.

—Veremos a ver si llegas vestida a casa —rio antes de besarme.

Y llegué vestida, pero no duré mucho tiempo. Ni esperó a comer. Sabía que estaba, de alguna forma, despidiéndose de mí. Y yo quería disfrutar de cada momento con él.

Porque nos quedaban muy pocas horas para volver a la realidad.

Me iría de esa casa y él no sabría nunca que lo haría enamorada de él.

El dolor por no tenerlo más sería algo mío, no cargaría con eso. Sería capaz de culparse por haberme dañado y él no tenía la culpa de nada.

Yo había elegido jugar y yo me había quemado.

Y solo yo tenía que lidiar con las consecuencias. El recordarlo siempre como un amor imposible.

Capítulo 13



Era por la tarde y Valeria y yo estábamos tumbados en el sofá cuando sonó el timbre de mi casa. Extrañado, me levanté a abrir la puerta.

—¿Pero qué...? —no podía ni terminar la pregunta.

—Bueno, ¿es que no te alegras de vernos? —preguntó mi hermana con los brazos en jarra.

Mi hermana, Marcos detrás. Mi madre al otro lado. Carlos y Marta. Yo estaba teniendo alucinaciones, seguro.

—¿Se puede saber qué demonios hacéis aquí? —la preguntó me salió desagradable, que era, precisamente como yo quería sonar.

—Fue cosa de ellos, yo no hice nada —saltó mi madre, haciendo que mi hermana y yo pusiéramos los ojos en blanco.

—¿Nos dejas pasar o te vamos a tener que quitar a la fuerza? —preguntó Marcos— Cualquiera diría que viste un fantasma.

—Al demonio os parecéis más —resoplé. ¿Qué hacían allí? Me gustaban poco las sorpresas y lo sabían.

—¡Hola! —escuché gritar a mi hermana y supe que ya estaba con Valeria.

—¿Qué es todo esto? —pregunté cuando Carlos pasó por mi lado.

—Ni idea —dijo haciéndose el tonto.

Claro, y yo me creía que aparecían todos y nadie sabía por qué.

—Es guapísima —decía mi hermana, refiriéndose a Valeria, quien parecía volar de brazo en brazo, conociendo a todos.

Tuve que quitársela, literalmente de las manos y la pegué a mí. Miré a todos con el ceño fruncido. Joder, que la iban a volver más loca de lo que ya estaba.

—¿Y bien? —insistí.

—¿Y bien qué? —preguntó mi hermana, otra que sabía muy bien hacerse la tonta.

—Que qué demonios hacéis aquí —medio ladré.

—Ah, eso —hizo un gesto de la mano, quitándole importancia—. Pues nada, que nos tomamos unos días libres y pensamos, ¿qué hacemos? Pues vamos a ver al perdido de mi hermano que no tiene ni la vergüenza de llamarnos.

Arqueé las cejas, no se lo creía ni ella. Así que miré a mi madre.

—Yo no sé nada, todo es cosa de estos dos —señaló a Marcos y a Carlos. Como si yo no lo supiera.

—No puedes venderme tan rápido —se quejó mi hermano.

—Y os habéis tomado unos días libres todos a la vez —el sarcasmo en mi voz.

—Sí —dijeron todos a la vez, sonriendo.

—Para verme a mí.

—Sí —de nuevo al unísono.

—Y para joderme de camino.

—Sí —dijeron de nuevo, también sonriendo. Mi madre incluida. La miré con las cejas enarcadas y puso cara de horror.

—No, jeso no! Es que estos me lían.

Todos seguían con la sonrisa como si fueran los protagonistas de la película de terror “Verdad o reto”. Era escalofriante.

—Me estáis poniendo nervioso —les advertí.

—No, hijo, tú relájate, no vinimos a eso.

—¿Entonces a qué?

—A conocerla a ella, claro —mi madre se calló de repente. Sabía que acababa de hablar más de la cuenta.

—Claro —miré a mis dos amigos, los iba a matar.

—Hemos oído hablar mucho de ti —sonrió Dani—. Queríamos conocerte y asistir a tu exposición. Nos encanta el arte.

—¿Desde cuándo? —resoplé.

—De toda la vida de Dios. ¿Y quieres soltarla ya? No vamos a hacerle nada. Así que tira y prepara el café, que me quiero sentar —resopló mi hermana.

—No sé cómo la aguantas —dije mirando a Marcos.

—Porque me encanta —dijo el otro con la sonrisa de bobalicón.

En fin...

—Que la sueltes, joder —Carlos me dio un manotazo en la mano cuando intenté tirar de Valeria para llevármela a la cocina. No me atrevía a dejarla solos con esa partida de locos. A saber qué estarían tramando.

—Ni caso les hagas —le advertí.

—Estás pesadito, ¿eh? —mi cuñado me puso el brazo por los hombros para que caminara hasta la cocina.

—Ya te digo si lo está. Peor de lo que me esperaba —rio Carlos.

—No sé de qué demonios estáis hablando, pero lo único que no quiero es que la vuelvan más loca de lo que ya está.

—A mí me parece una chica muy cuerda —dijo Marcos.

—Porque no la conoces.

—Y con un gusto impresionante, ¿te decoró ella la casa? Porque falta le hacía —miré malamente a Carlos. Mi casa estaba perfecta antes de que Valeria la volviera estrambótica.

—Habéis venido a joderme, ¿verdad? —suspiré.

—Un poco sí —rio Carlos—. Pero también vinimos a salvarte.

—¿A salvarme de qué?

—Ya lo entenderás —Marcos me dio unas palmaditas en el hombro.

—Como sigas con esas, te comes el puño, Marcos —le advertí.

—Lo dudo, amigo. Mientras esté ella delante, estoy protegido —y siguió dándome palmaditas en la espalda mientras reía.

Los iba a ahorcar al día siguiente cuando Valeria se marchara.

Pensar en ello me hizo ponerme en tensión y volví a sentirme jodido.

—¿Cuándo se va? —preguntó Carlos, serio de repente.

—Mañana.

—Así que es vuestra noche juntos —suspiró Marcos.

—Sí.

—Tranquilo, nos iremos pronto. Solo deja a las locas que se entiendan entre ellas —mi cuñado me guiñó un ojo.

—No teníais que haber venido. Ella no tenía que conoceros.

—¿Por qué no? Aún es tu esposa, ¿no?

—No me jodas, Marcos, ¿mi madre sabe que...?

—No —me interrumpió—. Ella solo piensa que es un ligue, no entendería en el lío que te metiste.

—Mejor. Y no tiene que enterarse nunca.

—Por nuestra parte no lo hará.

Al menos tenía que agradecerles eso. Preparé el café y volvimos a la sala. Estaban todas sentadas alrededor de Valeria. Resoplé. La vida se estaba riendo de mí. Porque no encontraba otra explicación a esa situación tan descabellada.

Y, lo peor de todo, es que ella parecía encajar en el grupo, como si se conocieran de toda la vida.

Me hizo sonreír verla así y, a la vez, sentí tristeza porque ese momento no volvería a repetirse. Valeria saldría de mi vida unas horas después.

Y toda esa locura del matrimonio quedaría en el olvido para los dos.

Respiré profundamente al mirar al panorama que tenía en el salón. Me daba la impresión de que a esos no los echaba de allí ni con agua caliente.

Capítulo 14



—Me encantan todos —dije con voz cantarina.

David suspiró y, aunque no le veía la cara, estaba de espaldas, mirando por la ventana, supe, de más, que había puesto los ojos es blanco.

Lo conocía bastante bien.

Hacía unos minutos que su familia y amigos se habían marchado, después de quedarse a cenar. David casi me mata cuando lo propuse, pero yo estaba muy a gusto con ellos, aunque a él lo sacaran de quicio.

—Son granos en el culo —resopló.

Me reí y me acerqué a él.

—Son buena gente.

—Eso no quita que sean granos en el culo.

—También —solté una carcajada—. Pero te quieren mucho, eso se nota —le guiñé un ojo cuando me miró—. Y quieren ayudarme con la mudanza y a preparar los cuadros para la exposición.

—Parece que os hicisteis amigos.

—¿Te molesta? —pregunté, insegura.

—No —dijo rápidamente.

Pero se quedó callado. Podía imaginar que un poco sí le molestaba. Y también imaginaba por qué. Lo nuestro se acababa y suponía que él tendría ganas de cerrar el capítulo completo.

—Tu presentación en el mundo del arte será un éxito, Valeria.

—¿Vendrás?

Él se quedó callado, meditando antes de responder.

—No sé si debería. Mañana todo esto se habrá acabado y será mejor tomar distancia. Pero siempre me encargaré de que no estés sola.

Afirmé con la cabeza. Sentía un nudo en el estómago y era idiota por ello. ¿Qué esperaba? ¿Que él estuviera siempre ahí? No se podía ser más imbécil que yo.

Eso era lo que pasaba por enamorarme de un imposible.

Había jugado con fuego, creyendo que aceptaba el sexo porque podría conseguir que no hubiera nada más. Sin darme cuenta de que lo estaba aceptando porque ya había más.

Porque lo quería a él.

—Ese día te quiero brillante, segura, sin esos miedos que tienes en la cabeza. Tendrás a todos a tus pies, no lo dudes.

—Me da un poco de miedo, pero lo afrontaré.

—¿Miedo a qué?

—Al fracaso.

—El miedo al fracaso siempre va a estar si lo que buscas es el éxito, Valeria. Y somos humanos, el ego existe y el éxito es algo que ansiamos. Míralo como la oportunidad de que todos te conozcan, sin expectativas. Solo disfruta, lo demás ya se verá.

—¿Es posible eso?

—No lo sé —sonrió—, pero en la teoría suena bien.

—Eres un caso —reí mientras ponía su brazo por mi hombro.

Nos quedamos en silencio, mirando por la ventana a la ciudad iluminada por las luces. Apoyé mi cabeza en su hombro y suspiré. Estaba agotada, había sido un día largo y una vez terminada la reunión, sentía como si me hubiese quitado una mochila llena de piedras de la espalda.

Entendiendo mi suspiro, David me llevó hasta el dormitorio. Me dejó de pie, delante de la cama y me desnudó antes de meterme en la cama, para acompañarme él después.

Estábamos tumbados, frente a frente, yo con los ojos cerrados mientras disfrutaba de lo que sus caricias en mis mejillas me hacían sentir.

—La última noche —suspiré.

Se quedó quieto y yo abrí los ojos.

—Nunca olvidaré este mes, Valeria —dijo con seriedad.

—Yo tampoco —sonreí con tristeza—. Una locura que llevamos bien, ¿no crees?

No, no me lo creía ni yo. No podía llevarlo bien cuando sentía que se me iba a romper el corazón y tenía que actuar como si nada pasara.

—Sí —respondió él—. Dentro de una semana serás una artista famosa que en poco tiempo se reirá de todo esto.

—Algún día nos tomaremos un café mientras preparas otras de mis exposiciones y nos reiremos juntos —le saqué la lengua, poniéndole humor al asunto.

—Supongo que sí —volvió a acariciar mis mejillas con sus dedos y acercó su cara a la mía para darme un dulce beso en los labios—. Quiero que me prometas una cosa.

—¿El qué?

—Que nunca vas a dudar de ti, ya has demostrado que eres capaz de todo.

—Te lo prometo —lo besé y me dejé llevar.

Había sentimiento en ese beso, el sabor amargo de una despedida. Y la necesidad de sentirlo, por última vez, dentro de mí.

Lo hicimos lento, como si ambosuviéramos ganas de alargar el momento el máximo posible. Aunque eso solo estaba en mi mente, la ilusión de que él sintiera lo mismo o algo, aunque fuera menos, por mí.

Pero no era así. Él no me iba a pedir que me quedara. Era una tonta ilusión mía.

Me abracé a él cuando terminamos y cerré los ojos, completamente agotada.

—Mañana ya te habrás librado de mí —susurré antes de dejarme llevar por el sueño.

Y, por más que me doliera, sabía que era lo mejor para él. Estaría deseando volver a su vida, bastante le había estorbado yo ya.

Era bastante temprano cuando desperté. David estaba dormido, así que aproveché para hacer las cosas más fáciles.

Sin hacer ruido, fui hasta mi dormitorio y me vestí. Cogí mi bolso con lo necesario y eché una última ojeada a esa casa en la que tantas cosas habían ocurrido.

Ese lugar y ese hombre habían cambiado mi vida.

Escribí una nota y se la dejé al lado de la cafetera, para que la leyera al despertar y después de mirar por última vez ese salón, me fui de allí, dejando todo atrás.

No lo habría podido hacer dando la cara. Me habría venido abajo si tenía que decirle adiós teniéndolo enfrente. Así que preferí marcharme como si fuera un ladrón en mitad de la noche.

No había podido proteger mi corazón, pero tampoco iba a hacerlo sufrir más.

Le mandé un mensaje a Daniela y le dije dónde la esperaba para desayunar. Ella y Marta sabían que me iría así, en el poco tiempo que pasé con ellas, pude desahogarme por completo.

Me senté en la cafetería donde le dije que estaba y las esperé.

No tardaron demasiado en llegar, así que imaginé que estaban pendientes al mensaje que iba a enviar.

—¿No te vio? —preguntó Marta cuando se sentó.

—No, estaba dormido, ni se enteró.

—Pues estaría bastante cansado, porque mi hermano es de los que duermen con un ojo abierto —resopló Daniela.

—Hemos trabajado duros, pasa factura.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Marta.

—Bien —mentí, pero cuando vi que las dos me miraban con las cejas enarcadas, suspiré.

—No tienes que contarnos si no quieres...

—Claro que tiene que hacerlo —Daniela interrumpió a Marta—. Es mi cuñada.

—Ya no —le aclaré.

—Y él es mi hermano —siguió ignorando mis palabras—. Tengo que estar al tanto de todo.

—¿De qué más quieres estar al tanto? Si todo se nota, Dani, no necesitas que nadie te explique.

—Pero quiero oírsele decir, Marta.

—¿Oírle decir qué a quién? —estaban las dos con sus cosas y yo ya me había perdido en la conversación.

—Oírtelo decir a ti —me aclaró Marta.

—Ah... ¿El qué exactamente?

—Pues la verdad. Estamos esperando que reconozcas que estás enamorada del capullo de mi hermano.

Joder, pues sí que tenían un sexto sentido las mujeres. Mientras él no se había dado cuenta de nada, ellas, en un par de horas, parecían haberse dado cuenta de todo.

—¿Y bien? —preguntó Dani.

—¿Y bien qué?

—¿Nos vas a decir ya que te enamoraste de mi hermano o es que aún ni tú misma te has dado cuenta?

—No querría haberme dado cuenta —dije con sinceridad y la pena me embargó.

—No se lo dijiste, ¿verdad? —sonrió con tristeza Marta.

—No, ¿para qué? Él tiene que seguir con su vida. Hicimos un trato, lo cumplimos y ya está. Era el momento del adiós. Le dejé una nota.

—¿Qué decía la nota? Si se puede saber, claro —rio Marta.

—Solo le agradecía el tiempo que pasé con él, su ayuda, su confianza y que gracias a él era una mujer mejor.

—Yo querría ver su cara cuando la leyera —rio Dani—. Y que la veo —dijo mandando un mensaje.

Estaba claro que no las conocía bien, porque no entendía la mitad de las cosas que decían.

—¿Ahora cuáles son tus planes? Además de sanar un corazón roto.

Miré a Marta y sonreí.

—Tengo que llevar todos los cuadros a la exposición y prepararme para ese día. Después de eso, ver qué me depara el futuro. Había pensado en hacer un viaje, me vendría bien para despejarme.

—Todo lo que sea para alejarte de él, ¿verdad?

No le respondí y Dani ayudó interrumpiéndonos.

—Pues listo —dijo emocionada—. Por cierto, ¿qué harás con todas tus cosas?

—Necesito sacarlas de allí mientras él trabaja hoy. Y buscar un lugar para quedarme hasta entonces. Ni de coña vuelvo con mi padre.

—Entonces tenemos trabajo que hacer —Marta, emocionada.

—¿Pero no habéis venido de vacaciones?

—No —rieron las dos—. En su momento entenderás qué hacemos todos aquí —sonrió Daniela.

Yo iba a desistir por entenderlas. Me alegraba poder contar con ellas para la mudanza y todo lo que tenía que preparar para el gran día.

Parecía que tenía dos amigas en ella y que eran sinceras. Eso también era algo nuevo para mí. Mi única amiga y confidente había sido mi madre durante los últimos años. Y saber que tenía a dos personas a las que poder acudir y que me ofrecían su cariño y su amistad, era otra de las grandes cosas que me llevaba de mi matrimonio de pega.

Todo eso y un corazón destrozado.

Capítulo 15



Iba a matar a quien fuera que estuviera dando golpes en la puerta.

Me giré para tocar a Valeria, pero no estaba. Fruncí el ceño, ¿dónde se había metido?

Me levanté de mal humor, primero iba a destrozarle la cara a quien fuera que estuviera aporreando la puerta.

—¡Buenos días! —dijeron los dos capullos cuando abrí.

—Joder, comienza la pesadilla. ¿Qué demonios queréis?

—Venimos a desayunar contigo. Así que ve preparando el café —dijo Carlos mientras entraba.

—Prepáratelo tú con los huevos —resoplé—. Voy a ver dónde está Val.

—Aja... —afirmó Marcos.

Volví dentro y la busqué, ¿dónde demonios se había metido? Volví a la cocina y allí estaban los dos, sentados, con cara de ángeles. No me fiaba un pelo de ellos.

—¿La esperamos para desayunar? —preguntó Marcos.

—No. No está —dije con el cuerpo en tensión, me acerqué a la cafetera y vi la nota que había al lado.

“No sé ni por dónde empezar, así que seré breve.

Gracias por todo lo que has hecho por mí, gracias a ti soy una mujer distinta, con ganas de luchar por sus sueños.

Desde hoy eres libre y te deseo lo mejor del mundo.

Seguiremos en contacto por negocios. Mientras, espero que vuelvas a retomar tu vida sin que yo resulte un engorro de nuevo.

Seguro que estás deseando volver a ser el soltero de oro.

Eres un gran hombre, David. Gracias por tanto y nunca olvidaré lo que vivimos.

Pero es momento de seguir y nunca me cansaré de darte las gracias por todo lo que hiciste por mí.

Eres un gran amigo, siempre tendrás un lugar en mi corazón.

Besos.

Valeria de la Cruz.”

Al lado de la nota, las llaves del apartamento.

Arrugué la nota de pura rabia. ¿Así era como me decía adiós? ¿Pero qué mierda de despedida era esa?

Miré al lado cuando me di cuenta de que tenía un móvil en mi cara.

—Pero ¿qué haces? —pregunté dándole un manotazo.

—No sé, te quedaste tan quieto que quise grabarte por si era la última vez que te veía —rio Marcos.

—Tú eres idiota —resoplé.

—Lo es, lo es —rio Carlos—. ¿Café o qué?

—Haced lo que os dé la gana —dije de mal humor, yendo al dormitorio mientras la rabia se apoderaba de mí.

Así que esa era su forma de marcharse y de dejar todo atrás. Ni siquiera un adiós dicho a la cara. Mejor hacerlo con una nota.

Eres un gran amigo...

Podía meterse esas palabras por donde le cupieran. Me metí en la ducha y dejé que el agua me ayudara a relajarme.

Tenía que pensar en positivo. Por fin todo se había terminado. Volvía a ser libre. Mi casa volvería a estar en silencio. Y yo volvía a estar en el mercado. Siendo, además, el sueño absoluto de la empresa.

Si para ella había sido tan fácil marcharse, ¿por qué iba a ser menos para mí?

Valeria de la Cruz ya no era parte de mi vida.

¿Entonces por qué no me sentía libre? ¿Por qué, en vez de sonreír, lo único que tenía eran ganas de golpear algo?

Todo había sido demasiado intenso con ella. Necesitaba tiempo para volver a mi vida. Seguro que solo era eso.

Ya vestido, salí y miré a los dos capullos que seguían allí.

—¿Pensáis quedaros aquí todo el día o qué?

—En realidad puede que sí —suspiró Marcos—. Nos toca una mudanza.

—Entiendo...

Así que ellos se iban a encargar de recoger todas las cosas de Valeria.

Fui a la cocina, cogí la copia de la llave que usaba ella y se las tiré.

—Cerrad con llave cuando terminéis y hacedme el favor de dejar mi casa como estaba. Estoy cansando de ver tanta horterada por aquí.

—A tus órdenes —pero ¿qué manía tenían con hablar a la vez?

Salí de mi apartamento dando un portazo.

Tenía una mala hostia que no podía con ella y no entendía por qué. Pero no me había gustado nada su manera de marcharse.

De todas maneras, tenía razón. Eso ya quedaba en el pasado y tenía que seguir adelante.

Era el dueño absoluto de mi empresa y no iba a quedarme estancado por nada ni por nadie.

Buenos amigos, había dicho...

Reí con ironía mientras me montaba en el coche. Desde ese momento, Valeria de la Cruz no era nada para mí. Solo un cliente con el que tendría que trabajar.

Si ella había sido capaz de sacarme de su vida de esa manera, yo no iba a ser menos.

Cuanto más lejos la tuviera, mejor.

Así que, con la idea de dejarla fuera de mi mente, comencé un largo día de trabajo.

El día fue más que largo y de mi mente fui incapaz de echarla. Sentía un poco de rencor hacia ella y no podía entender por qué.

En realidad había seguido el trato al pie de la letra.

Pero esa nota me había jodido como nada en el mundo.

Cuando llegué a mi casa, nada más entrar, supe que las cosas no estaban bien. Mi casa volvía

a ser la que era. No había ningún jarrón con el que poder tropezarme, ningún cuadro colgado. Todo estaba sobrio, la horrerada había desaparecido de mi vida.

Y yo sentía que comenzaba a asfixiarme en ese lugar.

Entré en el que era su dormitorio y estaba completamente vacío. No había dejado nada, era como si nunca hubiera estado por allí.

Y sentía que me asfixiaba aún más.

Entré en mi dormitorio y me tumbé en la cama, a ver si se me pasaba la reacción tonta de mi cuerpo, pero era aún peor. Porque ahí sí había algo de ella. Olía a ella.

Me levanté rápidamente y me marché de allí. Imaginaba que solo necesitaría tiempo para acostumbrarme de nuevo a volver a estar solo.

¿Quién hubiera imaginado que podría sentir algo así?

Capítulo 16



—¿Preparada?

Sonreí con tristeza ante la pregunta de Dani. Era lo mismo que me solía preguntar David y los recuerdos volvieron a embargarme.

Hacía días que no sabía nada de él. Y no me lo había podido quitar de la mente.

Por suerte, tenía demasiado que preparar para la exposición que iba a comenzar.

—Creo que sí —mentí.

No lo estaba, porque él no estaba allí. Había soñado con que apareciera, con que me apoyara en ese momento tan importante para mí, pero no lo había hecho. Estaba claro que para él había sido borrón y cuenta nueva.

Tampoco tenía que extrañarme, hasta yo misma se lo había pedido.

Pero una seguía siendo un poco idiota y creyendo en las imposibles historias de amor. Todo por leer tanta novela rosa y ver tantas películas románticas.

No iba a aparecer. No iba, de repente, a decirme que estaba enamorado de mí y que quería estar conmigo.

Eso solo ocurría en mi mente.

En la vida real, David Aguirre era algo que había quedado atrás. Ambos habíamos conseguido lo que queríamos y no había nada más donde rebuscar.

—Está lleno de gente, es increíble —Marta estaba más animada que yo.

—No quiero salir —dije de repente, el pánico me invadió y me di la vuelta.

Las dos locas de mis amigas, porque para mí ya eran eso, me agarraron, cada una por un brazo.

—Claro que vas a salir. Y te vas a presentar. Y todo con seguridad. No tires todo el trabajo por la borda, Val, porque te juro que o sales por tu pie, o te saco por los pelos —me advirtió Dani.

—Ya veo que el mal humor es algo de familia —resoplé.

—Qué va, si soy un amor —rio—. Venga, respira y vamos. A por ellos.

—Inspira, respira... Inspira, respira... Inspira... —decía Marta.

—Me voy a marear así y quiero potar —torcí la boca.

—Pues les potas encima, pero... —me empujó y me vi saliendo al escenario.

Me quedé completamente quieta, sin poder hablar.

Entonces todo el mundo comenzó a aplaudir y fue cuando lo vi. Al fondo, en una esquina, con las manos en los bolsillos.

Mi corazón dio un brinco de júbilo, ¡había venido a verme!

Me guiñó un ojo y movió su cabeza, diciéndome, sin palabras, que comenzara.

Me acerqué al micrófono y, sin quitarle la vista de encima, comencé a hablar. Hasta que miré a todos y cada uno de los asistentes, hasta que me sentí segura, sabiendo que ese era mi lugar.

Como él bien me dijo, la exposición fue un éxito. Se vendieron todas las obras y tenía decenas de proposiciones encima de la mesa para estudiar con calma.

Pero cuando ya la gente se fue marchando, lo único que yo quería era encontrar a David.

—Valeria...

Me giré al escuchar mi nombre.

—¿Papá?

—Hola —sonrió, avergonzado.

—¿Qué haces tú aquí? —eso sí que no me lo esperaba.

—Vine a verte triunfar, siempre supe que lo harías.

—¿De qué hablas? No me apoyaste nunca.

—No, no lo hice. Pero al final lo conseguiste, ¿no? Solo necesitabas un empujoncito para estar con el hombre adecuado. El que te haría luchar por tí misma.

—No entiendo de qué me estás hablando. ¿El hombre adecuado?

—David —rio—. Era evidente que ibas a acudir a él. Y que él iba a aceptar.

—De verdad que no...

—No importa ahora, Valeria. Jugué mis cartas y salió como quería, nada más. David es el dueño de la empresa y tú eres la artista que siempre quisiste ser. Y todo lo hiciste sola.

—¿Me engañaste con lo de la boda y...?

—Esa palabra es algo fuerte, ¿no crees? Solo jugué un poco y confié en conoceros bien y en que no iba a fallar.

—No me lo puedo creer.

—Soy perro viejo. Hay cosas que yo veo y que vosotros no. Y en la vida hay que arriesgar.

—Siempre he pensado que odiabas mi sueño. Que solo me querías para el tuyo —dije con rabia.

—Y hasta el principio fue así. Hasta que me di cuenta de cuánto daño te había hecho. Hice lo único que se me ocurrió para que espabilaras.

—No te entenderé nunca.

—Ni yo lo hago, mi niña —se acercó a mí y acarició mi cara—. Y no me importa si me odias por esto, verte en lo que te has convertido es el mayor premio para mí.

—En lo que me he convertido...

—En una mujer segura, luchadora, capaz de todo. Tanto de llevar una empresa si se lo propone como de llevar adelante sus sueños. Tu madre estaría orgullosa de ti —dijo haciéndome llorar— y yo también lo estoy.

—No soy todo eso que crees.

—Lo eres, porque te enseñó el mejor. Sabía que nadie como él para sacar todo ese potencial que llevabas dentro. Y, menos mal, que os conozco bien y sabía cómo ibais a actuar cada uno —rio.

—¿Sabías, también, que lo que estabas haciendo podía romperme el corazón? —pregunté entre lágrimas. Porque me había enamorado del hombre equivocado.

—Lo quieres, ¿verdad?

Afirmé con la cabeza, sin dejar de llorar.

—Y lo has dejado marchar.

—Era el trato. Además, él no siente lo mismo que yo.

—¿Le has dicho lo que sientes, Valeria? —negué con la cabeza— ¿Por qué, hija?

—Ni siquiera me acompañó hoy.

—Tú y yo sabemos que eso no es verdad. Ambos sabemos que él estuvo aquí.

—¿Lo viste?

—No, pero tú sí. Y sé el momento exacto en el que lo hiciste cuando entraste en ese escenario. Igual que sé que saliste al jardín a buscarlo.

—Pues sí que me conoces bien —reí entre lágrimas.

—Lo hice muy mal contigo, espero poder enmendarlo de alguna forma, si me das la oportunidad.

—Claro que sí —dije abrazándome a él.

—Vuelve a casa cuando quieras, es tuya. Y desde hoy, este jubilado aburrido está a tu disposición. ¿Necesitas un mánager?

—Tendrás que negociar con David —solté una carcajada.

—Ningún problema, lo quiero como a un hijo —sonrió.

Sabía que era así y aunque no entendiera su forma de actuar ni cómo había jugado con nosotros, el respeto que le tenía al que ya era mi exmarido y el cariño siempre estaban ahí. Y era recíproco.

—Es un gran hombre, pero expresar sentimientos no es lo suyo. Lo hace como puede, con gestos. Con acciones. Prefiere que lo vean como un ser frío e imponente. Tú y yo sabemos que él no es así.

—Se casó conmigo por la empresa, papá.

—Como tú con él por tus intereses. Si tú te has enamorado de él, ¿por qué estás tan segura de que él no de ti?

—Porque no...

—Vamos, Valeria. Coge el toro por los cuernos. No esperes a que la vida te lo dé todo hecho.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sabes de más lo que quiero decir —me dio un beso en la mejilla y sonrió—. Espero verte más por casa, me siento solo sin ti. Pero ahora haz lo que tienes que hacer —dijo antes de marcharse.

—¡Val! ¿Qué haces aquí? Te estaba buscando por todos lados.

Miré a Dani, mi padre seguía alejándose.

—Me tengo que ir.

—¿Ir adónde? Aún hay un par de personas que quieren hablar contigo.

—A coger el toro por los cuernos —le guiñé un ojo y salí corriendo de allí.

—¡Pero Val!

La ignoré, ya le explicaría más tarde.

Tenía que hacerlo. Tenía que saber si él había ido a la exposición. Tenía que saber, si era así, por qué lo hizo.

Y tenía que decirle lo que sentía por él. Sin miedo al rechazo. Y confiando en las palabras de mi padre.

David no me había dicho nunca que sintiera o quisiera nada más. Pero ¿no me había demostrado que no era solo un negocio y un juego para él? Lo había hecho, ¿no?

Y si había una mínima posibilidad de que entre él y yo hubiera algo, no iba a perderla por mi cobardía.

Esa mujer cobarde e insegura ya no existía.

Él me había convertido en su alumna, había aprendido del mejor y, gracias a él, era una mujer que luchaba por sus sueños.

Él era uno de ellos, ¿por qué no intentarlo?

Capítulo 17



Había pasado una semana de mierda. Desde esa mañana cuando ya Valeria no estaba en mi casa y leí esa nota, la vida era una mierda.

No me centraba en nada. Ni en el trabajo, ni podía estar en mi casa sintiéndome cómo porque la sensación de alivio era asfixiante. Nada que no fuera sentirme como una mierda. Me sentía jodido y seguía sin entender por qué.

Solo sabía que me faltaba algo. Que ya, lo que antes era perfecto, ahora no era suficiente.

No les había cogido las llamadas a mis amigos ni a mi hermana, necesitaba tiempo para poner mi vida donde estaba siempre.

Trabajo, trabajo y a emborracharme por las noches mientras quería llenar esa sensación de soledad que sentía.

Ese día era la exposición de Valeria. Había estado pendiente hasta al mínimo detalle, yendo al lugar por las noches para ver cómo la estaba decorando. Sabía que iba a ser un éxito porque era buena.

Sus obras eran impresionantes.

Sabía que no tenía que ir, ella tenía que volar sola. Pero en el último momento, sin saber por qué, cogí el coche y me presenté allí.

Me quedé en una esquina, esperando que nadie me viera. Mucho menos ella. No quería joderle la noche.

Cuando salió al escenario y la vi tan insegura, tuve ganas de cruzar la sala y de ponerme a su lado. Protegerla. Darle la fuerza que necesitaba.

Porque odiaba verla así.

Era una mujer luchadora, fuerte, pero ella parecía seguir sin creérselo.

Entonces, como si algo le dijera que mirara hacia donde yo estaba, sus ojos se encontraron con los míos. Y todo en ella cambió. Se enderezó y fue la mujer que yo sabía que era.

Sacó a la luchadora segura que llevaba dentro.

Y se los llevó a todos de calle, como yo sabía que ocurriría.

Me sentí celoso cada vez que la veía hablar con alguien mientras yo permanecía en las sombras. Los hombres la admiraban más allá de una simple artista, veían a la mujer que derrochaba simpatía, carisma.

La única que no veía todo eso era ella.

Y era parte de su encanto. Su naturalidad. Su falta de ego.

Había creído que yo la convertiría en alguien mejor si se parecía a mí, pero esa noche me llevé una gran lección. Fui yo el que aprendió de ella en todo momento.

Sobre todo a dejar de ser el hombre frío que siempre aparentaba ser.

A ella nunca la había intimidado, siempre había visto más allá de la fachada. Como si me conociera de toda la vida.

Me trataba como lo hacían mi familia y mis amigos, viendo al David de verdad.

Y entender todo eso me costó muchas noches de alcohol y de insomnio.

—Lo logró.

Miré a Marcos, ¿cómo me había encontrado?

—¿Tan mal me escondo? —bufé.

—Para mí sí —rio—. Ha sido todo un éxito.

—Sabía que lo sería.

—¿Por qué no estuviste con ella?

—Tenía que hacerlo sola —no tenía que darle ningún tipo de explicación más. Ni iba a explicarle que, a su lado, era yo quien se sentía pequeño.

—Si es así, mejor déjala volar de una vez.

—¿Qué mierda de consejo es ese?

—El que quieres escuchar —se encogió de hombros, sin inmutarse ante mi tono amenazador—. Ya tienes todo para poder irte sin remordimientos, hazlo y ya.

—No sé de qué mierda estás hablando.

—Lo sabes muy bien y me recuerda a una situación que vivimos no hace mucho tiempo. Solo que yo no te diré que no eres suficiente para ella —apreté la mandíbula cuando dijo eso.

—Dilo si te hace sentir mejor.

—No lo haré, no te hace falta. Ya has demostrado bien no serlo. Así que, si de verdad le tienes un poco de cariño, desaparece de su vida y no le cortes las alas.

—No pretendía hacer nada de eso —dije, como él me dijo una vez.

—Pero lo haces, porque ella te necesita para sentirse segura. Y no es justo que te crea su punto de apoyo cuando puede hacerlo sola. Así que deja de joder, vuelve a la vida que tanto te gusta y deja que los demás sigan con la suya.

—Me la tenías guardada, ¿verdad? —pregunté con rabia, porque me dolía todo lo que me estaba diciendo.

—No, David. Pero como bien me dijiste, somos, o éramos, los dos iguales. Y si no hay amor... ¿Por qué no la dejas en paz? Merece a alguien que sí la quiera de verdad.

Afirmé con la cabeza.

—Y yo no la quiero.

—No —confirmó él—. Si la quisieras, no la habrías dejado marchar. Si la quisieras, habrías estado ahí, apoyándola en el momento más importante de su carrera. No aquí, escondido entre las sombras. Viniste por ti, no por ella.

En eso tenía razón. Y en que era un cobarde y un gilipollas, aunque no me lo hubiera dicho directamente, también.

Me había acostumbrado a ella. Tenía como un instinto protector. Era como un desafío para mí, además de un negocio para conseguir un fin.

Lo demás había sido sexo. Soledad.

Pero nada más.

Había despegado y lo había hecho sin mi ayuda. Ahora tenía que dejarla volar y yo tenía que superar mis miedos solo.

Le di un par de palmadas a Marcos en la espalda, dándole la razón y sin rencor por ser tan

franco conmigo y me marché de allí.

Terminé en un pub, bebiendo y llevándome a casa a la primera mujer que se me acercó.
Era el momento de demostrarme a mí mismo que volvía a tener el control de mi vida.

Capítulo 18



Cogí aire varias veces antes de llamar al timbre. Quería salir corriendo y olvidar esa locura, pero no lo haría.

Yo no era una cobarde, en realidad nunca lo había sido.

Escuché sus pasos descalzos acercándose a la puerta e inspiré profundamente. Ni el día que aparecí por su casa a pedirle que se casara conmigo estaba tan nervioso.

Abrió y pestañeó varias veces hasta que entendió que yo estaba allí de verdad.

—¿Val? —sonaba cansado y ¿había bebido?

—Hola, ¿puedo pasar?

—¿Qué haces aquí?

—Necesitaba hablar contigo, pero si te cojo en mal momento —dije rápidamente ante el tono cortante con el que me habló.

—Yo...

—¿David? —la pregunta vino de una voz femenina de dentro de la casa.

Voz a la que le puse cuerpo y cara cuando estuvo a la vista. Con un conjunto de lencería y sin taparse.

David cerró los ojos y maldijo un par de veces mientras se apretaba las sienes.

En ese momento levanté la cabeza, rogando porque ninguna lágrima cayera por mis mejillas. Él me miró y fue a cogerme de la mano.

—No me toques —dije con toda la tranquilidad de la que fui capaz.

—Val, espera. Dime al menos qué necesitas.

Solté una carcajada irónica, no lo pude evitar.

—Ya no necesito nada, gracias. Disfruta de la noche. Y de la compañía.

—¿No es eso lo que querías? —me preguntó con rabia, cogiéndome por el brazo cuando me giré para marcharme.

Lo miré a los ojos. Estaba enfadado y yo solo tenía ganas de llorar.

—Sí, eso era lo que quería. Y me alegra que sigas con tu vida. Solo vine a agradecerte el trabajo que hiciste.

Él me soltó y me miró apretando la mandíbula.

—Si eso es todo...

—Sí... Al parecer eso es todo.

Y me fui de allí. Dejando que las lágrimas cayeran nada más entrar en el ascensor.

Era una tremenda idiota.

¿Pero qué esperaba? ¿Llegar y decirle que estaba enamorada y que él me dijera que también y

un final de libro feliz?

Sí, eso esperaba, para qué mentirnos.

No solo era idiota, sino también una ilusa de primera.

Lo que había ocurrido entre nosotros era por el roce, la intimidad, que él necesitara sexo, a saber. Era un negocio, como bien sabíamos los dos.

Él ya seguía con su vida, esa que tanto le gustaba. No había perdido el tiempo y la verdad es que ya ni me importaba saber si había estado en la exposición o no.

En ese momento, lo único que quería era que sanara pronto mi corazón.

Y dejarlo a él y a nuestra locura en el pasado.

Capítulo 19



Cerré la puerta y maldije mil veces antes de girarme y mirar a la mujer que tenía detrás.

—Coge tus cosas y vete —dije de mal humor, yendo hacia la habitación y dándole la ropa.

—¿Me estás echando? —preguntó alucinada.

—¿No es evidente? Creo que te dejé claro que lo mío es sexo y adiós.

—Pero... Si ni siquiera...

—Pero nada —me había dormido, si no la habría echado antes.

—Eres un desgraciado —dijo antes de abrir la puerta, con su ropa ya puesta.

—Qué novedad —dije con ironía, más para mí mismo que para ella.

Cerró de un portazo y yo me dejé caer en el sofá, maldiciendo de nuevo.

¿A qué había venido?

Se me había puesto el corazón a mil cuando la vi al otro lado de la puerta. Estaba guapísima, con esa sonrisa temerosa en su cara.

Esa cara que había usado esa noche para poder tirarme a la otra.

Esa cara de dolor que puso cuando la vio.

Joder, ¿pero a qué había venido?

Solo vine a agradecerte el trabajo que hiciste...

Pues se podía meter el agradecimiento por el culo, porque acababa de joderme la noche y de dejarme hecho una mierda.

Y ya bastante había tenido con Marcos y con las verdades que me tiró en la cara para tener que aguantar algo más.

¿Qué era lo que quería de mí? Yo solo era un estorbo para ella, alguien que no la dejaba volar libre y yo iba a ser eso.

Era un amigo, o así me veía ella.

Era un gilipollas que no podía quitársela de la cabeza.

Era como el perro del hortelano, que ni comía ni quería dejar comer.

Porque no la quería, claro que no. Cuando eso ocurre, uno se da cuenta rápidamente. Así que...

Así que tenía que olvidarme de ella y viéndome con otra sería clave para no volver a vernos nunca más.

Eso era lo que quería, ¿no? Tomar el control de mi vida y dejar a Valeria de la Cruz fuera de ella.

Si era así, ¿por qué me sentía aún más mierda de lo que me había sentido los últimos días?

Necesitaba beber.

Beber y olvidar.

Capítulo 20



—¿Y adónde irás?

—No lo sé, Dani —respondí—. Me gustaría pasar unos días lejos, para poner mis ideas en orden.

—Vente a mi casa en Londres.

—La mía también la tienes a tu disposición —sonrió Marta.

—No, no podría —negué inmediatamente.

—¿Por qué no? Marcos y yo trabajamos, tendrás tiempo para estar sola, no te vamos a controlar —rio.

—No es eso, no me gusta molestar.

Puso los ojos en blanco, como hacía su hermano y resopló.

—Si ese es el inconveniente, ya no existe. Te vienes y listo —se levantó de la mesa donde habíamos desayunado.

Les había mandado un mensaje a las dos esa mañana temprano para contarles lo que pasó anoche con mi padre y con David y para darles, también, las gracias por haber estado conmigo en todo momento. Eran dos grandes mujeres y me sentía orgullosa de tenerlas en mi vida.

—¿Adónde vas? —preguntó Marta.

—Encárgate de buscar un vuelo para ella, a ver si hay disponible en el mismo avión en el que nos vamos esta tarde —ordenó Dani—. Yo tengo algo que hacer.

—¿El qué? —pero por la sonrisa de Marta, supuse que imaginó bien qué era lo que iba a hacer.

—Algo que tenemos a medias tu marido, Marcos y yo —le guiñó un ojo a su amiga y tras un adiós con voz cantarina mientras Marta soltaba una carcajada, se marchó.

—¿Adónde va?

—A saldar una deuda pendiente—. Mejor le hacemos caso y buscamos el vuelo.

—Pero es muy precipitado y de verdad que no quiero molestar.

Ella resopló.

—¿Lo buscas tú o lo busco yo? —preguntó, ignorándome.

—Lo busco yo, lo busco yo...

Y tuve suerte de encontrar un billete para el mismo vuelo que ellos. La madre de Dani y de David se había marchado un par de días antes, con la pena de no poder quedarse a la exposición. Pero le prometí invitarla a todas las demás.

Había quedado con mis amigas para desahogarme y terminaba comprando un billete para Londres.

Mi vida, últimamente, era toda una locura.

Pero me vendría bien. Un cambio de aires y a ver si estando lejos de él, podía llevarlo mejor.

Porque, olvidarlo, sabía que sería algo imposible.

Capítulo 21



Tenía que ser una pesadilla, no podían estar golpeando mi puerta de nuevo. Joder, me iba a estallar la cabeza.

Me levanté como pude y abrí la puerta de muy mal humor, sabiendo, de antemano, quiénes estaban al otro lado.

Y lo primero que vi, fue la mano de mi hermana volar hacia mi cara, estampándome una bofetada que hasta me picó.

—¿Pero qué mierda haces? —gruñí, quejándome, además, por el maldito dolor de cabeza.

—Eres un gilipollas —dijo entrando.

Y tras la bofetada y el insulto, llegó el puñetazo que tampoco vi venir. En toda la mandíbula, haciéndome perder el equilibrio y tirándome al suelo.

—Te lo mereces —dijo Marcos mirándome desde arriba y masajeando su puño—. Y, además, te lo debía.

—Yo no te daré ninguno, en su día te di por todo —rio Carlos, entrando y dejándome ahí, tirado en el suelo.

Me levanté y cerré de un portazo, maldiciendo porque el ruido me había jodido aún más la cabeza.

—¿Estáis todos locos o qué?

Los tres estaban sentados en el sofá, mirándome como si fueran tres ángeles que nunca habían roto un plato.

Como si yo no los conociera bien.

—¿Te acostaste con ella? —preguntó Dani.

—¿Con quién? —pestañeé, perdido.

—Con la tipa que estaba en tu casa anoche.

Mierda, estaba claro que Valeria les había contado todo. Y ¿qué esperaba? ¿Que le contestara?

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones a ti? —no me lo podía creer. Me dejé caer en el butacón y suspiré.

—A mí no, pero a lo mejor a Val sí —resopló Marcos.

—Valeria no es nada mío —y ¿por qué tenían que llamarla Val? Eso era algo solo mío, odiaba que se tomaran esas confianzas—. ¿Por qué tengo que darle explicaciones a ella?

—Porque vino a decirte que te quiere, pedazo de imbécil —soltó mi hermana.

Me quedé de piedra, con la mente en blanco. Me quedé igual que cuando Valeria apareció en la puerta de mi casa para pedirme que me casara con ella.

Había bebido mucho, tenía un cacao mental impresionante y ahora me soltaban semejante

bomba.

Estaban haciéndolo para que me diera un ictus o algo parecido, seguro.

—¿Que me qué? —tartamudeé.

—¿Por qué siempre os emborracháis con el mal de amores? —preguntó Carlos de repente, mirando a Marcos.

—Para olvidar, a ver si tú no lo haces —resopló.

—Pues no, la verdad es que no me da por ahí.

—¿Y qué importancia tiene eso ahora? —la pregunta de mi hermana sonó desesperada.

—Ninguna, pero me dio curiosidad —rio Carlos, haciendo que mi hermana y yo pusiéramos los ojos en blanco.

—Vino a decirte que te quiere, David —miré a mi hermana de nuevo, sin poderme creer lo que me estaba diciendo.

—¿Hablas de Val?

—¿De quién más si no? —rio Marcos.

—Es el alcohol. La próxima vez a ver si os da por el chocolate o algo así —resopló Carlos.

Los miré a los dos con ganas de matarlos y cerraron el pico inmediatamente, aunque yo sabía que ni les imponía ni esa manera de hacerme caso y mantenerse en silencio les iba a durar mucho tiempo.

—Me va a estallar la puta cabeza —gemí—. Y ni se te ocurra decir nada del alcohol —le advertí a Carlos cuando lo vi abrir la boca. La cerró de nuevo.

—Está enamorada de ti y vino a decírtelo. Aún arriesgándose a tu rechazo —la tristeza en la voz de mi hermana.

—Ella no me quiere, Dani —le aclaré.

—¿Estás seguro de que no? ¿O es lo que tú quieres creer? —me interrogó mi hermana.

—Ella nunca me dijo... —dejé la frase a medias, ni siquiera podía terminarla.

—¿Cómo te lo iba a decir si había un contrato que tenía que cumplir? No quiso condicionarte a nada.

—Si tanto me quería, ¿por qué se marchó así? ¿Con una maldita nota?

—Porque sería incapaz de hacerlo si te tenía cara a cara, David —mi hermana sonrió con tristeza—. No hemos venido para convencerte de nada, pero sí para intentar abrirte un poco los ojos.

—¿Sobre qué?

—Tenías que saber lo que ella siente por ti.

—Como deberías empezar a saber lo que tú sientes por ella —siguió Marcos, quien ya había estado demasiado tiempo en silencio.

—Exactamente —afirmó Carlos, otro que solo decía algo por hablar.

—Los dos sabemos qué siento yo por ella, anoche quedó claro, ¿no? —pregunté mirando a mi cuñado.

—Oh, para mí está claro desde el primer día. Pero creo que tú aún lo ves al contrario.

—¿El qué veo al contrario? Porque me estás volviendo loco, Marcos.

—Que la quieres, gilipollas y no lo quieres ver —explotó Carlos—. Y ahora sí sería el momento de estamparte el puño, pero no lo haré.

—Sabes que no la quiero. Y tú mismo me dijiste anoche que desapareciera de su vida —le recordé a mi cuñado.

—Te dije que la dejaras volar si no la querías. Te dije que no la querías porque la habías

dejado marchar. Te dije muchas cosas de las que tú me dijiste a mí. Y estabas equivocado en su día. Como vuelves a estarlo contigo mismo.

—No te entiendo...

—Ya lo harás. Solo espero que cuando lo hagas, no sea tarde.

—¿Para qué habéis venido? Yo no tenía que saber que ella...

—Si en su día tú no me ayudas, yo casi la pierdo —Marcos señaló a mi hermana.

—Solo queremos verte feliz —sonrió mi hermana.

—Queréis verme loco, porque no tiene sentido nada de lo que habláis —resoplé.

—Ahora no, cuando saques el alcohol del cuerpo... Ya veremos —rio Carlos.

Los tres se levantaron.

—Tenemos que ir a por las maletas y un vuelo que coger —mi hermana me dio un abrazo—. Ya cumplimos con todo lo que teníamos que hacer en este viaje.

—¿Y qué era lo que teníais que hacer? —me sentía idiota, pero es que me estaban dejando loco.

—Devolverte un par de hostias y también el favor —Marcos me dio unas palmaditas en la espalda y marcharon para la puerta.

—Dani... —llamé a mi hermana antes de que se montara en el ascensor.

—Dime —sonrió.

—¿Cómo está? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Intentando olvidarte —dijo seria.

Entró en el ascensor con los demás y me dejó así, con esa frase que había sentido como si me hubieran golpeado el estómago.

Te quiere...

Está enamorada de ti...

Intentando olvidarte.

Esas tres frases no se me iban de la mente. Ni esas, ni la que le había dicho yo a Marcos.

No, no la quiero.

Y era así, ¿no?

Mierda.

Estampé el puño contra la pared y me daba igual si sangraba o no. La realidad vino a mí como un tsunami, arrasando con todo. Me tuve que sentar para no perder el equilibrio.

Ella no era sexo.

Ella no era un negocio para mí.

Ella era... Ella era la que llenaba los vacíos de mi alma.

¿Era eso amor? ¿Estaba enamorado de esa mujer?

Me dejé caer en el sofá y cerré los ojos, a ver si así entendía todo lo que llevaba por dentro.

Porque yo no era un experto en el tema y nunca había querido a nadie. De hecho, no pasaba más de una noche con la misma porque me aburrían y sabía que nunca me enamoraría de ninguna de ellas.

Era inmune a todo eso.

Menos a ella...

Joder, le había permitido más de una noche, le había dado más de lo que a nadie nunca. Me había mostrado con ella tal cual era, sin ser el bloque de hielo que aparentaba ser para todo el mundo.

¿Lo había hecho porque estaba enamorado de ella?

Reviví en mi mente cada momento. Cada sonrisa. Cada caricia. Cada beso. Viví de nuevo todo ese mes que habíamos pasado juntos.

Reviví cada sensación. Las buenas y las malas como la que sentí al leer esa nota.

El dolor que me causó.

Lo mierda que me sentía desde que no la tenía a mi lado.

Maldita fuera la vida, me había enamorado de esa mujer. Y hasta ese momento no me estaba dando cuenta.

Cuando desperté un rato después, con menos dolor de cabeza, me di una ducha y me vestí.

Cogí el móvil mientras salía de mi casa y la llamé unas pocas de veces. Tenía que verla. Tenía que entender muchas cosas.

Joder, su móvil estaba apagado o fuera de cobertura.

Me monté en el coche y, sin pensármelo, fui a casa de su padre. Tenía que estar allí, ¿dónde más si no?

E iba a verme, quisiera ella o no.

—¿Dónde está? —pregunté cuando entré en el despacho de su padre. Me daba igual si me seguía la mujer de la limpieza por toda la casa, a mí no iba a detenerme nadie.

—Hola, David. No traes muy buena cara.

—No estoy para tus burlas —le advertí.

Aún tenía ganas de estamparle el puño en la cara por todo lo que le había hecho a su hija. Ni siquiera me importaba el haber sabido que no me quería como dueño de la empresa cuando pensaba que era un amigo para mí. Mi ego no importaba en ese momento, pero cómo había tratado a su propia hija...

Me hacía hervir la sangre.

—Supongo que buscas a Valeria.

—Supones bien, no iba a venir para verte la cara después de todo.

—Creo que “después de todo” salió bien, ¿no? —sonrió y no sé qué poder divino evitó que mi puño fuera directamente a borrar esa sonrisa.

—Si por bien es porque me quedé con la empresa...

—¿No es lo que querías?

—Te la puedes meter por el culo si la quieres. Dame el puto papel y te lo firmo ya, toda tuya. Haz con ella lo que te dé la gana, pero dime dónde está Valeria.

Mi antiguo socio y amigo me miró y soltó una carcajada.

—Las cosas no son como crees. Siéntate, tómate algo conmigo.

—¿Para que me echas cianuro? —pregunté con ironía, humor negro que usaba con él a veces.

—Te lo habría echado antes de que mi hija te diera todo, ¿no crees?

Cogí aire y me senté frente a él, cogiendo el vaso que me ofrecía.

—¿Cuándo te enteraste de todo? —pregunté algo más calmado.

—Lo supe de siempre, incluso fue “idea mía” todo.

—¿Idea tuya?

—Puse a Valeria en ese aprieto sabiendo, o imaginando, que acudiría a ti. Jugué y gané, no quería a nadie más a cargo de nuestra empresa.

—Pero...

—Déjame terminar y lo entenderás. Era una apuesta arriesgada. Yo diría que peligrosa. Pero igual que la conozco a ella, te conozco a ti. Sabía que no dirías que no a una proposición así.

—Vendiste a tu hija.

—No. Conseguí que la convirtieras en lo que es. Una mujer de éxito, que disfruta del arte y que ha aprendido que puede hacer todo lo que quiere.

—Jugaste con los dos —dije con rabia, entendiéndolo todo.

—Un poco sí —sonrió sin avergonzarse—. Y gané, es lo que tiene conoceros de toda la vida.

—¿Y si llego a decir que no? ¿La habrías casado con ese imbécil?

—Te conozco, David. Si de algo estaba seguro, era de que no dirías que no. Y no solo porque querías la empresa. Sino porque sabía que no dejarías que nadie la casara contra su voluntad.

—Su boda conmigo también fue contra nuestra voluntad.

—Fue por intereses, sí. Que no es lo mismo.

—Eres un imbécil —resoplé.

—Ya sabes que sí —rio—. Pero me gusta hacer las cosas a mi manera. Y si con ello ganaba que mi hija se convirtiera en lo que es hoy en día, más que satisfecho.

—Pero no contaste con todo —suspiré, dejé el vaso, hasta asco me daba oler más alcohol y dejé caer mi cabeza sobre la mesa.

—¿Con que se enamorara de ti?

Levanté la cabeza rápidamente, no podía creerlo.

—¿Lo sabes?

—Lo imaginé desde el primer día. Como imaginé que también te pasaría a ti.

—Podíamos sufrir los dos. Si las cosas no hubiesen salido como pensabas.

—Se podía haber enamorado ella y tú no, tendría que curar su corazón y podría hacerlo siendo ya una mujer así de segura. O al revés. Y tú también terminarías curando y aprendiendo una lección. Son las consecuencias del juego, nadie muere por amor —dijo quitándole importancia.

—Tu hija está sufriendo, no sé si lo sabes —escupí.

—Mi hija está sufriendo porque tú aún no le has dicho lo que sientes por ella. Sufre por tu culpa, David, no por la mía.

—No manipules las cosas a tu antojo.

—¿Es manipulación? ¿No es la verdad? —preguntó levantando las cejas.

Era ambas cosas.

—¿Dónde está? —pregunté de nuevo.

—No lo sé —dijo con sinceridad—. No se queda aquí desde que se marchó contigo. La vi en su exposición, pero por ahora no hemos vuelto a hablar. Le doy su tiempo.

—¿No sabes dónde se ha estado quedando entonces?

—No, supongo que en un hotel o algo, dinero tiene, nunca le falta.

—Y fuiste a verla —sonreí—. La hiciste feliz entonces.

—Como tú, te estuvo buscando por los jardines esa noche.

Se me formó un nudo en la garganta.

—Tenía que haber estado con ella.

—Los dos lo hemos hecho mal, David. Como todo el mundo, cometemos errores. Pero siempre hay una forma de solucionarlo.

—No sé si esta vez será así.

—¿Por qué no? ¿Tanto la cagaste? —enarcó las cejas.

—Un poco, sí —dije sin entrar en detalles. Por muy amigo mío que pudiera ser, era su padre. No le iba a contar que me vio con otra. Porque al final sería yo quien recibiría otro puñetazo y no estaba dispuesto a ello.

Aunque me lo mereciera.

—¿La quieres?

La pregunta era simple y directa. La respuesta fue igual.

—Sí —dije sin dudarlo, porque ya no tenía duda alguna de lo que sentía por ella.

—Entonces encuentra la forma de que te perdone.

—Si lo hace, me soportarás de por vida.

Soltó una carcajada.

—Y lo haré encantado mientras os vea felices a los dos.

—Gracias.

—No me las des, jugué como un capullo —me guiñó un ojo.

—Pero ganaste.

—Lo haré cuando te vea con ella delante del altar, esta vez de verdad y siendo yo el padrino.

—Eso si me perdona —me levanté de la silla—. O si la encuentro.

—La conoces bien, sabrás dónde encontrarla.

Yo no estaba tan seguro de ello, pero pensé en esa frase mientras volvía a mi coche y daba vueltas por la ciudad.

Tenía que estar en algún lado, no podía haberse esfumado.

Fue entonces cuando se me ocurrió. La bombillita en mi mente se me encendió.

Los iba a matar a todos.

Con el manos libres, llamé a Marcos.

—¿Sí?

Puse los ojos en blanco, ¿por qué siempre se hacía el tonto y respondía cómo si no supiera bien quién era?

—Tú, capullo. ¿Dónde está?

—¿Dónde está quién?

—Yo a veces no sé si es que te haces el tonto por gusto o para desquiciarme.

—O por ambas —rio Carlos.

—Mira, mejor, os cojo a los dos juntos. Como espero pillaros cuando llegue a Londres.

—¿Vienes a Londres? —Marcos y su tono de “no he roto un plato en mi vida” que no se lo creía ni él mismo.

—¿Dónde se está quedando? —insistí, a mí no me la daba.

—Pero ¿quién? —Carlos haciéndose el tonto también.

—Os voy a devolver las hostias multiplicadas por dos —los amenacé, provocando que soltaran una carcajada.

—Me alegra que el alcohol se te haya ido del cuerpo —rio Carlos.

—Deja el maldito alcohol, Carlos, que me estás hinchando las pelotas.

—Qué poco sentido del humor tiene este hombre —resopló.

—Ninguno cuando no encuentro ¡a la mujer que quiero! —estallé, no lo pretendía, pero me salió de dentro y estaba perdiendo la paciencia.

Volví a respirar, intentando calmarme después de haber golpeado, varias veces, el volante con las dos manos.

Entonces me di cuenta del silencio.

—¿Hola? —¿seguían ahí? ¿O le había dado yo a colgar la llamada en mi arrebató?

—¿Ha dicho “a la mujer que quiero”? —preguntó Marcos, flipando.

—Eso creo que ha dicho, sí —la voz de Carlos como si alucinara.

—Joder —resoplé—. ¿Podéis devolverme todo el odio que queráis más adelante? Ahora

necesito vuestra ayuda —suspiré.

—¿Qué hacemos? ¿Lo ayudamos? —preguntó Carlos con una sonrisa en la voz.

—Le debo una —dijo Marcos con sinceridad, recordándome lo de mi hermana.

Suspiré de alivio, aunque eran dos tocapelotas, sabía que podía contar con ellos. Eran mis amigos. Los únicos que tenía. Los únicos a los que verdaderamente podía llamar así.

Porque estaban ahí para pegarme si hacía falta y para, seguidamente, darme la mano y ayudar a levantarme. Sin importar si tenía razón o no.

Me había costado entender eso, pero era bonito sentir que tenía gente así a mi alrededor.

—¿Cuándo llegas? —preguntó Marcos.

—Estoy conduciendo, ahora buscaré un vuelo, no creo que haya para hoy, así que... Mañana, supongo.

—Está bien. Nos avisas nada más que tengas el billete y sepas la hora a la que aterrizas. Así nos da tiempo a organizar algo —dijo mi cuñado.

—Una mierda vais a organizar. Me decís dónde está y listo.

—La querrá, pero el romanticismo poco, ¿eh? —rio Carlos.

—Ya te digo —resopló el otro.

—Reíros de vuestras primas. A mí ayudadme.

—Es lo que intentamos, ¡pero no te dejas! —mi cuñado perdiendo la paciencia.

—Está bien —accedí—. Haced lo que os dé la gana, pero la quiero solo para mí cuando la vea.

—Aja... —ese sonido de la voz de mi cuñado me daba a entender que me estaba diciendo “y una mierda, esto no nos lo perdemos”. Pero me daba igual, lo que fuera con tal de encontrarla y tenerla frente a mí de nuevo.

—En un rato os mando el horario —resoplé, dándome por vencido del todo.

—Lo esperamos impacientes —rio Carlos.

—Y una cosa más...

—¿Sí? —preguntaron a la vez.

—¿Cómo está? —necesitaba saberlo. Por Dios, que no me dijeran que lloraba o que yo le había hecho daño porque no soportaría eso.

—Aunque lo intente, no te olvida —esa fue la respuesta de mi cuñado.

Y una sensación de alivio recorrió mi cuerpo.

Claro que no podría olvidarme, como yo tampoco a ella. Porque lo que sentíamos el uno por el otro era real.

Al menos lo mío. Ella tendría que decírmelo a la cara. Si es que me daba la oportunidad de explicarme.

Paré en una calle un segundo y compré el billete de avión para el día siguiente con destino Londres. Les mandé la foto del billete para que supieran a qué hora exacta llegaba y fui a mi apartamento para preparar la maleta.

Llamé a la oficina y dejé el trabajo organizado y en buenas manos porque no sabía los días que me iba a ausentar.

—Dime, David, ¿la encontraste? —preguntó mi antiguo socio al otro lado del teléfono cuando lo llamé.

—Sí, sé dónde está. Con mi hermana en Londres, se fue a pasar unos días.

—¿Y tú sigues aquí?

—Hasta mañana no hay vuelos. Y necesito pedirte un favor.

—Lo que sea.

—¿Puedes echar un ojo en la empresa? Me voy más tranquilo si estás al mando.

—Cuenta con ello —dijo riendo—. Esto de jubilarse es una mierda, qué aburrimiento. Voy ahora mismo para allá.

—Bien, porque sigue siendo tuya en parte.

—Lo sabía —rió, no tuvo que explicarle nada más. Me conocía bien, eso me había quedado claro.

Colgué la llamada y suspiré. En nada volvería a tenerla, de nuevo, frente a mí.

Y no sabía cómo iba a hacer para que me perdonase, pero yo, sin ella, no tenía pensamiento de volver.

Capítulo 22



—¿Entonces qué te parece la idea?

—No sé, Dani, apenas tendría tiempo de preparar una exposición en condiciones —no lo veía muy seguro.

—Estoy segura de que tienes material suficiente —intervino Marta.

—Material sí, pero una exposición no es tener solo material. Es mucho más, tienen que tener cosas en común... Necesito tiempo para crear. Además, está...

—David —terminó de decir Marcos por mí.

Afirmé con la cabeza. Quisiera o no, tenía un contrato con él y no podía hacer las cosas por mi cuenta. O eso imaginaba.

Había ganado mucho dinero en la primera exposición y no tenía prisa, quería seguir haciéndolo bien.

—Mi hermano no pondrá problemas.

—Puede que no, pero aún tengo muchas ofertas encima de la mesa que tratar con él —suspiré —. Cuando me sienta lista para verlo.

—Si no quieres verlo, nos lo dices que ya lo hacemos nosotros —se ofreció Carlos, riendo.

—Tú quieres que le dé algo —solté una carcajada.

—Se lo merece, por capullo —rio Daniela.

Sí, al final se había comportado como un capullo, pero en parte no. Es decir, era libre y nunca me había prometido nada. Así que...

Que me hubiera roto el corazón al verlo con otra no era su problema, sino el mío por haberme enamorado de él.

—¿Alguien quiere algo de beber? —pregunté al terminar mi vino.

Habíamos salido esa tarde, cuando terminaron de trabajar, a tomar algo. Los chicos insistieron mucho, así que no pude negarme. Aunque, por mí, me habría quedado pintando. Así, al menos, me evadía y no pensaba tanto en él.

Todos negaron con la cabeza, así que me acerqué a la barra a pedir algo para mí.

—Otra copa de vino tinto, por favor.

—¿Puedo invitarte?

Miré al chico que habló a mi lado.

—¿Es a mí? —pregunté, desconcertada.

—Sí —rio.

—Oh, no tienes por qué —negué inmediatamente.

Lo que menos me apetecía, en ese momento, era hablar con un tío.

—Ya sé que no, pero quiero hacerlo —rio, parecía divertirse—. ¿Puedo invitarte? —repitió.

—Me parece a mí que no.

La respuesta no fue mía, pero sabía muy bien quién la había pronunciado. Mi cuerpo se quedó rígido, completamente en tensión.

Cerré los ojos con fuerza, no podía ser que eso me estuviera pasando.

Él no podía estar allí...

—¿Y tú eres? —preguntó el chico que estaba a mi lado.

Si hubiera tenido aprecio por su vida, se habría marchado. O, al menos, callado.

Hice una mueca al oír su tono y no supe cómo se había atrevido a responderle así al bloque de hielo que tenía detrás. Debía estar matándolo con la mirada, porque su voz había sonado como cuchillos cortantes.

—Soy su marido.

Si llego a estar bebiendo en ese momento, me atraganto seguro y me tienen que llevar de vuelta a España en una caja de pino.

¿Mi qué?

—Oh, lo siento, no sabía —se disculpó el chico rápidamente.

Y supuse que salió casi corriendo por la mirada que le echó David.

Cogí aire y me giré lentamente.

Ahí estaba él. En todo su esplendor. Se le notaba cansado, parecía que no dormía muy bien. Que se jodiera, yo tampoco lo hacía.

—Mi exmarido —le aclaré.

—Valeria...

—¿Qué haces aquí, David? —esa vez no iba a ilusionarme con tontas proposiciones de amor.

—¿Podemos hablar en un lugar más tranquilo?

—¿Cómo sabías dónde...? —de repente miré a los cuatro pares de ojos que estaban sentados en la mesa de donde me había levantado y suspiré. Era obvio de dónde había sacado la información.

—¿De qué tenemos que hablar?

—De muchas cosas y no me gustaría hacerlo aquí.

—David, yo... —me dolía verlo, porque mi corazón quería una cosa y mi mente sabía que era un imposible.

De todas formas, siendo sincera, sabía que no podía culparlo de nada. Él había cumplido su parte del trato y nada más.

Mis sentimientos y mi dolor eran solo cosa mía.

—Es importante, Valeria. No estaría aquí de no ser así —dijo sonando sincero.

—Vale —accedí.

—¿Damos un paseo?

Afirmé con la cabeza, me acerqué a la mesa y cogí mi bolso mientras él saludaba a su hermana y a Marta. Lo que me hacía entender que a los otros dos ya los había visto antes.

—Escúchalo —dijo Dani cuando se levantó a abrazarme—. Es un poco capullo, pero sincero —. Id a casa, estaréis más tranquilo.

Estaba claro que sabían por qué había venido.

Salimos del pub y caminamos en silencio hasta el apartamento de su hermana y su cuñado y nos sentamos en el sofá. Lo notaba nervioso y comencé a preocuparme un poco. Yo lo quería y quería verlo bien, aunque no fuera conmigo.

—¿Qué pasa, David?

Él tragó saliva antes de mirarme a los ojos.

—No llegué a acostarme con ella. Lo intenté, pero...

Afirmé con la cabeza, no necesitaba oír sobre eso. Me lastimaba hacerlo.

—No tienes que...

—Sí tengo que hacerlo. Bebí y, aunque no es excusa, necesitaba sentir que volvía a tener el control de mi vida. Porque estuve hecho una mierda desde el día que me dejaste esa maldita nota.

—Lo siento...

—No es tu culpa, Valeria. Pero me dolió. Pensé que, al menos, podríamos despedirnos cara a cara. Me centré en el trabajo y cuando esa noche llegué al apartamento, creía que todo se me caía encima. No había nada de ti.

—Era el trato —susurré con tristeza.

—El maldito trato...

—La noche de tu exposición, cuando te vi allí, tan segura, tan fuerte, tan como sabía que eras. Pero sin mí... No sé qué me pasó, acabé bebiendo de más y con esa mujer en mi casa. Apenas ocurrió nada, me quedé dormido y me despertaste tú.

—¿Por qué me lo cuentas? No tienes que darme explicaciones.

—Porque quiero hacerlo. Porque necesito hacerlo. Necesito que me perdones.

—Yo no tengo que perdonarte, David. Tú seguiste con tu vida, que era lo lógico. No tenías ni la obligación de asistir a la exposición, aunque me alegro de que lo hicieras. Me diste fuerza.

—En eso hemos estado equivocados los dos siempre. No me necesitas para sentirte segura. En realidad no me necesitas para nada. Lo has hecho todo tú sola y es así como debe ser.

—Sabes que eso no es así.

—Soy yo quien te ha necesitado todo este tiempo, Valeria —dijo mirándome fijamente a los ojos—. Soy yo quien ha estado aprendiendo de ti.

—¿Qué es lo que te pasa, David? —tanta tristeza no me gustaba— Escúchame, yo no tengo nada que perdonarte, no hiciste nada malo.

—Te hice daño.

—Pero no fue tu culpa —suspiré. Imaginaba que los demás lo habían puesto al día de mis sentimientos—. Los dos aceptamos con unas condiciones y yo no las cumplí en cierto sentido. Porque quería más y me tenía que marchar.

—¿Querías? ¿En pasado?

—Supongo que voy entendiendo que no puedo pedir algunas cosas. El amor se da si se siente, no se mendiga.

—¿Me quieres, Valeria?

—David...

—Necesito que me lo digas —cogió mi cara entre sus manos, con la culpabilidad en su rostro.

—¿Para qué? No tiene importancia, no es tu problema.

—Necesito oírlo.

—Pero...

—Dímelo si es así, porque yo sí estoy enamorado de ti.

—No juegues con eso —dije llorando.

—No sabes cuánto odio verte llorar —me limpiaba las lágrimas con los pulgares—. Y no te miento, Val. Es verdad que no lo entendí hasta hace nada. Es verdad que soy un capullo, el hombre de hielo, un insoportable, todo lo que quieras. Pero nunca te he mentado.

En eso tenía razón, nunca lo había hecho.

—Y te das cuenta ahora que estamos divorciados —intenté bromear, pero seguía llorando.

Él negó con la cabeza y cogió un portafolios de la mesa.

—Los papeles que firmamos, la cesión de la empresa a mi nombre y el divorcio.

—¿Qué pasa con eso?

Cogió y los partió delante de mí, dejándome completamente inmóvil.

—Nunca hice oficial el contrato privado.

Ahora entendía por qué esa contestación al chico del pub.

—Pero la empresa...

—La empresa es tuya tanto como mía. Bueno y de tu padre algo porque se quedó a cargo de ella estos días —rio un poco.

—¿Mi padre?

—Ya te explicaré —puso los ojos en blanco—. Sigues casada conmigo. Si no quieres estarlo, si no me quieres, te daré el divorcio. Pero si tengo una mínima oportunidad de conquistarte... Si no maté todo lo que sentías por mí... —dijo emocionado.

—¿Y la empresa?

—No la quiero. Me elijas o no, no la quiero. Renunciaré a ella y será tuya.

—No podrías hacer eso.

—Sabes bien que sí —rio con ironía—. Haría lo que fuera menos volver a entrar en mi casa y no verte ahí. Eso me está destrozando, Val —dijo tristemente.

—¿Qué es lo que me estás pidiendo?

—Si me quieres, sigue casada conmigo. Cásate de nuevo conmigo. Esta vez bien, con la boda que quieras. Pídemelo lo que quieras, pero quédate conmigo.

—¿Si te quiero? —pregunté llorando.

—Nunca me lo has dicho —susurró—. Y necesito oírlo si es así.

—Sabes que es así —sollocé.

Él cogió mi cara entre sus manos y me miró a los ojos.

—Dímelo, Val. Dime que me quieres tanto como yo a ti. Dime que te casarás conmigo.

Lloré, no podía estar pasándome eso a mí. No podía estar viviendo ese sueño.

—Te quiero —dije entre lágrimas—. Claro que te quiero.

Terminé sollozando sobre sus labios, mientras me besaba.

—David —suspiré cuando dejó mis labios libres.

—Hoy no dormirán aquí —dijo mientras me quitaba la camisa—. Y yo no puedo aguantar más para sentirte.

Su boca volvió a devorar la mía. Terminamos desnudos, en el sofá, con su cuerpo sobre el mío.

—Cómo te he echado de menos —gimió sobre mis labios—. Y no quiero usar la puta gomita —resopló.

—No lo hagas —reí—. Las hormonas, ya sabes.

Él sonrió y entró en mí con un solo movimiento, haciéndome gritar.

—Te quiero —dijo mirándome a los ojos cuando, un rato después, el orgasmo se apoderó de los dos.

—Y yo a ti —lo abracé, dejando que su cuerpo cayera sobre el mío, sin querer soltarlo.

Y nos quedamos así un rato, hasta que salió de mí, se puso a mi lado y me abrazó.

Y, por fin, sentí lo que era la felicidad plena.

Epílogo



Hacía un año que Val y yo estábamos juntos. Contando desde el día de nuestra primera boda. Para ella era suficiente con esa, para mí no, pero aún tenía que convencerla de que quería una de verdad.

Y mi suegro sería clave para el chantaje. Ya la estaba haciendo claudicar con tal de no escuchar a su padre.

Esa noche llegué a casa, la que volvía a estar decorada estrambóticamente y sonreí al oler a quemado.

—¿Qué fue esta vez? —entré en la cocina y la abracé por la espalda.

—Una lasaña —resopló, dándose por vencida—. Lo intento, pero cocinar no es lo mío —puso cara de pena cuando se giró entre mis brazos.

—Eres tú quien se empeña en hacerlo.

—Tendré que aprender.

—O no. Te puedes dedicar, mejor, a hacerme feliz a mí y tus cuadros.

—Va a ser lo mejor, sí —rio—. Hola —dijo de repente, dulce.

—Hola, princesa —la besé hasta que la dejé sin respiración—. ¿Cómo se portó hoy?

Toqué su barriga, esa donde crecía nuestra hija. Valeria estaba embarazada de cuatro meses. La píldora con los antibióticos por una gripe que tuvo, no funcionó. Y aunque no lo esperábamos, nos sentimos felices.

—Está un poco revuelta, de ahí mi antojo de lasaña —suspiró.

—Pues la encargamos y ya.

—No podemos estar siempre encargando, amor.

—¿Por qué no?

—Porque tenemos un bebé al que alimentar.

—Si Marcos alimenta al suyo y no le pasó nada, te aseguro que nosotros también podemos —reí a carcajadas, pensando en mi sobrino recién nacido.

—Eres malo —rio.

—Sí —mordí su cuello—. Y por eso mismo vamos a hacer cosas malas.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo qué?

—Darnos una ducha, encargarnos la cena y comérmola en la cama.

—¿Llenando todo de miguitas de pan?

Puse una mueca, siempre lograba quitarme las ganas.

—En el sofá también estaremos cómodos —dije, haciéndola soltar una carcajada.

Volví a besarla y la arrastré conmigo hasta la ducha. Era momento de disfrutar de mi tiempo en casa y con la mujer que adoraba.

Desde que volvimos de Londres cuando fui a por ella, no nos habíamos vuelto a separar. Como le dije, no quería la empresa. Así que las cosas quedaron como su padre las dejó. Yo era el socio mayoritario y ella tenía la otra parte.

A veces iba a ver cómo iba todo. Era su excusa para verme.

Pero era su padre, aunque jubilado, quien seguía llevando el control de todo.

La relación entre nosotros dos volvió a ser como antaño y ahora que sabía que iba a ser abuelo, era el hombre más feliz del mundo.

Me gustaba que la relación con su hija también hubiera mejorado. Y, sobre todo, que, después de mí, fuera la persona que más se desvivía por ayudar a Valeria con su sueño artístico.

Aunque no nos necesitaba a ninguno de los dos, ella lo conseguía todo por sí sola y se había convertido en la pintora revelación del año en España. Con un montón de ofertas encima de la mesa.

Las cosas iban bien. Iban mejor de lo que nunca había soñado.

Y, si algo había aprendido en la vida era que, esconder los sentimientos no servía de nada. Solo para hacerse daño a uno mismo.

Había que decir lo que se sentía, siempre y no guardárselo, porque se podía perder la felicidad por ello.

Esa noche, estando en la cama, abrazado a la mujer que amaba, como no podía dormir, cogí el teléfono.

—¿Sí? —y vuelta a lo mismo, a hacerme poner los ojos en blanco.

—Sabes quién soy, capullo.

—Sí, bastante bien. Sobre todo porque eres el único que llama de madrugada —resopló.

En ese momento, mi sobrino comenzó a llorar.

—Dile al capullo de mi hermano que lo voy a matar —escuché a Dani por detrás.

—Ya te oyó, amor. Seguro.

—Solo quería saber cómo estaba el bebé.

—¿Y tenía que ser a las cuatro de la mañana?

—Pues cuando puedo llamar —me divertía joderlo, aunque sabía que me estaba comportando como un capullo de primera y que me la iba a devolver.

—Qué ganas tengo de que seas padre para devolvértela —resopló.

—Eso espero —reí—. Dales un beso a los dos, en un par de semanas iré a veros. Buenas noches, cuñado.

—Que te den, capullo —dijo antes de colgar, haciéndome reír de nuevo.

—¿Ya lo picaste otra vez? —rio Val, despertándose.

—Es que no lo puedo evitar.

—Eres un caso perdido. Verás cuando nos toque a nosotros como no te hace tanta gracia —me advirtió.

—Aguantaré el tirón —seguí riendo—. ¿Te desperté, mi amor?

—Sí y ahora me va a costar dormir —estiró su cuerpo, rozándose con el mío.

Y mi erección creció rápidamente.

Cómo me ponía esa mujer.

Y cuánto la quería.

—Tranquila, haré que duermas a gusto de nuevo —gemí tras besarla y volviendo a hacerla

mía.

¿Quién podía decir que la vida de casados no era algo bueno?

Para mí, tener a Val conmigo fue, era y sería siempre la “propuesta” más feliz de mi vida.